

La Espera

Año V • Núm. 258

Precio: 60 cénts.

DOÑA
MARIAM
DE VELAS
CO YVARRA



RETRATO DE DOÑA MARIANA DE VELASCO IBARRA, cuadro de Juan Pantoja de la Cruz,
propiedad de la duquesa de Frías

SIROLINE "ROCHE"

El frasco fcos 4.

Pídase en todas las buenas farmacias.

Tomada a tiempo, la **SIROLINE** preserva de enfermedades más graves a los que están atacados de afecciones de las vías respiratorias: *Catarros, Tos rebelde, Grippe, etc*

Deben tomar la **SIROLINE**:

1. Cualquiera que se halle propenso a adquirir resfriados, porque más vale prever que curar.
2. Los niños escrofulosos, a los que mejora muchísimo el estado general.
3. Los asmáticos, a los cuales alivia considerablemente sus sufrimientos.
4. Los adultos y los niños atormentados por una tos pertinaz, a los que rápidamente contiene las quintas dolorosas.

UNDERWOOD



Campeón
de las
Máquinas de escribir

G. TRÚNIGER Y C.º

Balmes, 7, Barcelona. Alcalá, 39, Madrid.
CASA SUIZA

HERMOSURA DEL CUTIS



Tres besos te di en la cara
y tres pellizcos me diste.
Usando la PECA-CURA,
¿quién a besarte resiste?

JUVENTUD PERPETUA!

USANDO LOS PRODUCTOS

PECA-CURA

JABÓN

CREMA

POLVOS

AGUA CUTÁNEA

AGUA DE COLONIA

CORTÉS HERMANOS

BARCELONA

LEA USTED
LOS VIERNES

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA
40 cént. en toda España

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE.
VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY,
AL PESO ^{1/2} FERNÁNDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELÉFONO 2.529, MADRID

PECHOS

Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCA-SIANAS**, Doctor Brun. Infusivas. Recomendadas por éminencias

médicas. ¡27 años de éxito mundial es el mejor reclamo!, 6 pesetas frasco. MADRID, Gayoso, E. Durrán, Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIÁN, Tornero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, Llano. JEREZ, González. SANTANDER, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandiarán. CORUÑA, Rev. TOLEDO, Santos. LAS PALMAS, Lleó. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Centrals». CARRAS, Daboin. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerero. BARRANQUILLA, Acosta. Mandando 6,50 pesetas sellos á Pousarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, BARCELONA, remítense reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*



PHOSPHATINE FALIÈRES

FOSFATINA
FALIÈRES

Es el alimento más recomendado para los niños y para las personas de estómago delicado, como los convalecientes, ancianos, etc.

Exijase la marca **Phosphatine Falières** y desconfíese de las imitaciones. Preparado este alimento en una fábrica modelo y conforme á procedimientos científicos, es **inimitable**.

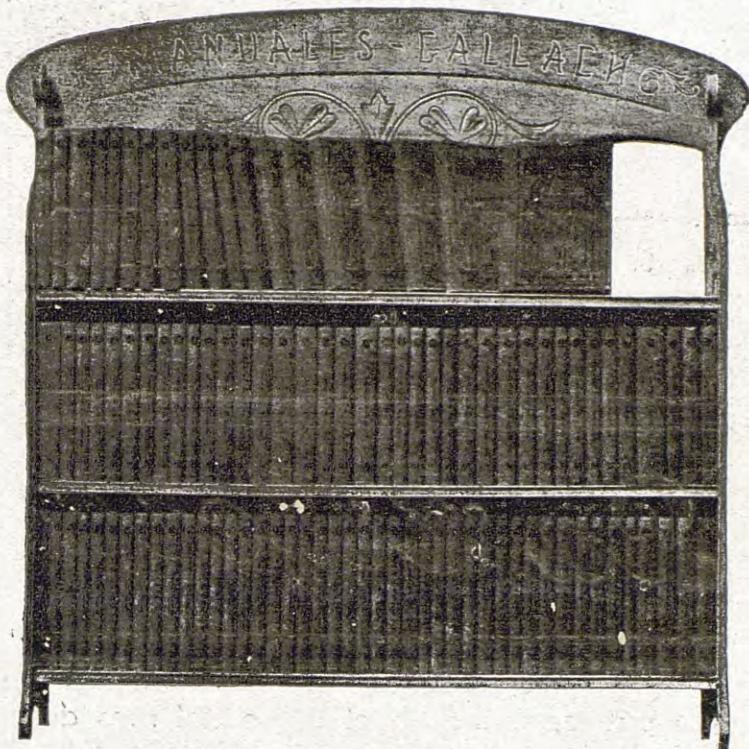
DE VENTA EN TODAS PARTES.

“LA ESFERA” Y “MUNDO GRAFICO”

ÚNICOS AGENTES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA:

ORTIGOSA Y COMP.^a, Rivadavia, 698, Buenos Aires

NOTA Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes SRES. **ORTIGOSA Y C.º**, únicas personas autorizadas.



Cualquiera que sea su carrera,
arte, profesión, oficio ó industria,
en la famosa colección de
**MANUALES
GALLACH**

encontrará usted el libro que le interesa

Los MANUALES GALLACH instruyen

Los MANUALES GALLACH educan

Los MANUALES GALLACH cumplen una misión patriótica

Los MANUALES GALLACH no deben faltar en ningún hogar

Son archivo valiosísimo de lo que piensan y dicen los privilegiados cerebros de sabios especialistas, que han colaborado á nuestra singular obra de cultura para ayudarnos en la ardua empresa de divulgar, en libros económicos y presentados con primor, las diferentes ramas del saber humano. **Llevamos publicados 106 volúmenes**, y el éxito queda demostrado ante la cifra de **25.000 colecciones** vendidas á particulares, Escuelas, Institutos, Bibliotecas y á varios Gobiernos de América, aparte de la enormísima cantidad de volúmenes sueltos que continuamente circula por todos los pueblos de habla española

----- VOLUMENES PUBLICADOS -----

- 1.—Química General, por el Dr. Luanco. Pts. 1'50
 2.—Historia Natural, por el Dr. De Buen. Pts. 1'50
 3.—Física, por el Dr. Lozano. Pts. 1'50
 4.—Geometría General, por el Dr. Mundi. Pts. 1'50
 5.—Química Orgánica, por el Dr. Carracedo. Pts. 1'50
 6.—La Guerra Moderna, por D. M. Rubio. Pts. 1'50
 7.—Mineralogía, por el Dr. S. Calderón. Pts. 1'50
 8.—Ciencia Política, por D. Adolfo Posada. Pts. 1'50
 9.—Economía Política, por el Dr. J. Piernas. Pts. 1'50
 10.—Armas de Guerra, por D. J. Génova. Pts. 1'50
 11.—Hongos comestibles y venenosos, por D. Blas Lázaro. Pts. 1'50
 12.—La Ignorancia del Derecho, por D. J. Costa. Pts. 1'50
 13.—El Sufragio, por el Dr. A. Posada. Pts. 1'50
 14.—Geología, por don José Macpherson. Pts. 1'50
 15.—Pólvoras y explosivos, por D. C. Baus. Pts. 1'50
 16.—Armas de Caza, por D. J. Génova. Pts. 1'50
 17.—La Guinea Española, por D. R. Beltrán. Pts. 1'50
 18.—Meteorología, por D. A. Arcimis. Pts. 1'50
 19.—Análisis Químico, por D. J. Casares. Pts. 1'50
 20.—Abonos industriales, por D. A. Maylin. Pts. 1'50
 21.—Unidades, por D. C. Banús. Pts. 1'50
 22.—Química Biológica, por el Dr. Carracedo. Pts. 1'50
 23.—Bases para un nuevo Derecho Penal, por el Dr. Dorado. Pts. 1'50
 24.—Fuerzas y Motores, por D. M. Rubio. Pts. 1'50
 25.—Gusanos parásitos en el hombre, por el Dr. Marcelo Rivas. Pts. 1'50
 26.—Fabricación del Pan, por D. N. Amorós. Pts. 2
 27.—Aire Atmosférico, por D. E. Mascareñas. Pts. 1'50
 28.—Hidrología Médica, por el Dr. D. H. Rodríguez. Pts. 1'50
 29.—Historia de la Civilización Española, por D. Rafael Altamira. Pts. 2
 30.—Las Epidemias, por D. F. Montaño. Pts. 1'50
 31.—Cristalografía, por L. Fernández. Pts. 2
 32.—Artificios de fuego de guerra, por D. José de Losada y Cañerac. Pts. 1'50
 33.—Agronomía, por don A. López. Pts. 1'50
 34.—Bases del Derecho Mercantil, por D. L. Benito. Pts. 1'50
 35.—Antropometría, por D. T. de Aranzadi. Pts. 1'50
 36.—Las provincias de España, por D. M. Vilas. Pts. 2'50
 37.—Formulario Químico-Industrial, por don J. Meca. Pts. 1'50
 38.—Valor social de Leyes y Autoridades, por D. Pedro Dorado. Pts. 1'50
 39.—Canales de riego, por D. J. Zulueta. Pts. 2
 40.—Arte de Estudiar, por D. M. Rubio. Pts. 1'50
 41.—Plantas medicinales, por D. B. Lázaro. Pts. 2'50
 42.—A, B, C del Instalador y Montador Electricista. — Tomo I. — Instalaciones privadas, por D. Ricard. Pts. 2'50
 43.—A, B, C del Instalador y Montador Electricista. — Tomo II. — Estaciones centrales y Canalizaciones, por D. R. Yesares. Pts. 2'50
 44.—Medicina doméstica, por D. A. Opisso. Pts. 2
 45.—Contabilidad Comercial, por D. J. Prats. Pts. 3
 46.—Sociología contemporánea, por D. A. Posada. Pts. 1'50
 47.—Higiene de los alimentos y bebidas, por D. J. Madrid. Pts. 1'50
 48.—Operaciones de Bolsa, por D. J. Bertrán. Pts. 1'50
 49.—Higiene Industrial, por D. J. Eleizegui. Pts. 2'50
 50.—Formulario de Correspondencia Francés Español, por don J. Meca. Pts. 2'50
 51.—Motores de Gas, Petroléo y Aire, por R. Yesares. Pts. 2'50
 52.—Las bebidas alcohólicas. — El alcoholismo, por D. A. Piga y D. Aguado Marinoni. Pts. 1'50
 53.—Formulario de Correspondencia Inglés-Español, por D. J. Meca. Pts. 2'50
 54.—Carpintería práctica, por D. E. Heras. Pts. 2
 55.—Instituciones de Economía Social, por D. J. Torrembo. Pts. 2
 56.—Prontuario del idioma, por D. E. Oliver. Pts. 3
 57.—Máquinas e instalaciones hidráulicas, por D. J. Igual. Pts. 2'50
 58.—Pedagogía Universitaria, por D. Francisco Giner de los Ríos. Pts. 2'50
 59.—Gallinero práctico, por D. C. de Torres. Pts. 3
 60.—Dai Nipón (El Japón), por D. A. García. Pts. 3
 61.—Cultivo del Algodonero, por D. Diego de Rueda. Pts. 2
 62.—Galvanoplastia y Electrólisis, por R. Yesares. Pts. 2'50
 63.—Educación de los niños, por F. Climent. Pts. 3
 64.—El Microscopio, por D. Ernesto Caballero. Pts. 1'50
 65.—Diccionario de Argot Español, por L. Besses. Pts. 2'50
 66.—Piedras Preciosas, por Marcos J. Bertrán. Pts. 2'50
 67.—Manual de Mecánica Elemental, por Forner Carratalá. Tomo I: Mecánica general. Pts. 2
 68.—Tomo II: Mecánica aplicada. Pts. 2
 69.—Los Remedios Vegetales, por Alfredo Opisso. Pts. 2
 70.—Las Repúblicas Hispano-Americanas, por Emilio H. del Villar. Pts. 3'50
 71.—H. del Villar (dos tomos). Pts. 5
 72.—Vinificación moderna, por D. Diego de Rueda. Pts. 2'50
 73.—Plantas industriales, por D. Alfredo Opisso. Pts. 2
 74.—Cerrajería práctica, por Eusebio Heras. Pts. 2
 75.—El Arte del Periodista, por D. Rafael Mainar. Pts. 2'50
 76.—La Electricidad en la Agricultura, por D. R. Yesares. Pts. 2
 77.—Telegrafía Eléctrica, por F. Villaverde Navarro. Pts. 2
 78.—Medicina social, por A. Opisso. Pts. 2
 79.—Geografía General, por Emilio H. del Villar. Pts. 3'50
 80.—La familia y los enfermos, por D. J. I. Eleizegui. Pts. 2
 81.—Elementos de cálculo mercantil, por L. de la Fuente. Pts. 5
 82.—Diccionario de Argot Español, por L. Besses. Pts. 2'50
 83.—Teoría de la literatura y de las artes, por D. H. Giner de los Ríos. Pts. 2
 84.—Manual del Naturalista preparador, por el Dr. Areny de Plandolit. Pts. 1'50
 85.—Documentos Mercantiles, por Francisco Grau Granell. Pts. 3
 86.—Pozos Artesianos, por Lucas F. Navarro. Pts. 1'50
 87.—Investigación y Alumbramiento de Aguas, por Lucas F. Navarro. Pts. 1'50
 88.—Manual de Pirotecnia, por J. B. Ferré. Pts. 2
 89.—Elementos de Arquitectura Naval (Barcos de guerra), por D. A. Blanco. Pts. 2
 90.—Rudimentos de Cultura Marítima, por Alfonso Arnau. Tomo I. Pts. 3
 91.—Rudimentos de Cultura Marítima, por Alfonso Arnau. Tomo II. Pts. 3
 92.—Agrimensura, por J. Ferré. Pts. 3
 93.—Rudimentos de Cultura Marítima, por Alfonso Arnau. Tomo I. Pts. 3
 94.—Estética, por don A. Opisso. Pts. 3
 95.—Floricultura, por D. J. Garzón Ruiz. Pts. 3'50
 96.—Ascensores Hidráulicos y Eléctricos, por Ricardo Yesares. Pts. 2
 97.—El gas pobre y sus aplicaciones á la fuerza motriz y á la calefacción, por M. R. y Bellvè. Pts. 2
 98.—La abeja y sus productos (Apicultura moderna), por Vicente Va. Pts. 2
 99.—Manual de rimas selectas (pequeño Diccionario de la Rima), por J. Pérez Hervás. Pts. 2
 100.—Manual del pintor decorador, por don José Guchy. Pts. 1'50
 101.—El Dibujo para todos, por V. Masiá. Pts. 3
 102.—América Sajón, por Emilio H. del Villar. Pts. 3
 103.—Agrimensura, por J. Ferré. Pts. 3
 104.—Estética, por don A. Opisso. Pts. 3
 105.—Floricultura, por D. J. Garzón Ruiz. Pts. 3'50
 106.—Flores artificiales, por Dolores Andreu. Pts. 3'50

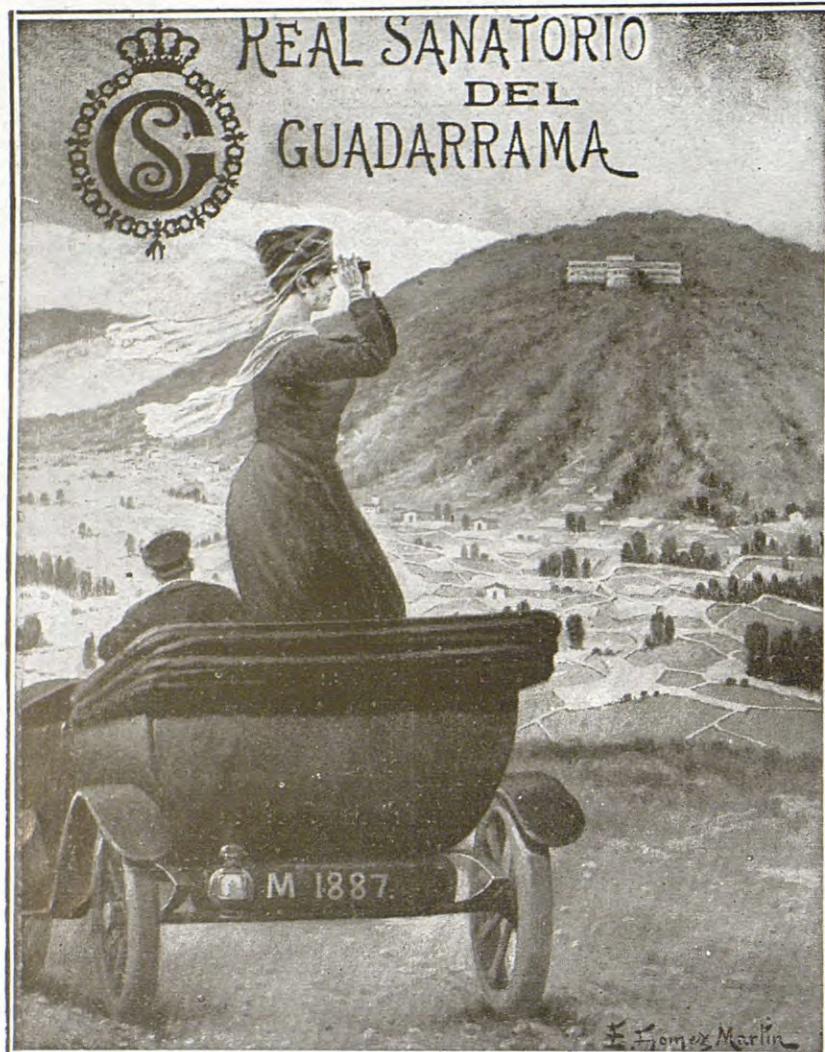
Precio total, á plazos y al contado: **214,50** ptas.

A los compradores de la colección completa les regalamos un hermoso mueble para colocar los tomos

EN PRENSA, REDACCIÓN Y ESTUDIO, CIENTO CINCUENTA INTERESANTÍSIMOS TEMAS

“CALPE”

COMPANÍA ANÓNIMA DE LIBRERÍA, PUBLICACIONES Y EDICIONES
CONSEJO DE CIENTO, 416 Y 418 ☐ APARTADO DE CORREOS, 89 ☐ BARCELONA



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año. Para informes y admisión, dirigirse al Sr. Director-Gerente, D. Luciano Barajas y de Vilches, Hortaleza, 132, Madrid

FOTOGRAFÍA

.....

Casa de primer orden:

BIEDMA

23-Alcalá-23

.....

HAY ASCENSOR

SIBERIA
FOIE GRAS

Trufado "SIBERIA", el mejor sobrealimento.
Muy útil para sandwiches y emparedados.

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

La Magnesia Bisurada quita los dolores de la indigestión en cinco minutos

ó de lo contrario se le devuelve su importe con sólo pedirlo. Si sufre usted de gastritis, indigestión, dispepsia, ó si los alimentos que toma le pesan de un modo enorme en su estómago y no puede dormir por las noches, debido al malestar, vaya en seguida á un buen farmacéutico y compre Magnesia Bisurada, que se suministra en polvo ó en pastillas, al precio de ptas. 3,50 por frasco. Tome dos ó tres pastillas ó una cucharadita de polvo en un poco de agua caliente después de las comidas, ó cuando sienta dolor, y verá cómo muy pronto contará á sus amigos cómo se curó de su mal de estómago. Cuide siempre de pedir Magnesia Bisurada, que se vende en botellas de vidrio azul y lleva ligada una garantía de que dará satisfacción, ó de lo contrario se devuelve su importe.

ALFONSO

FOTÓGRAFO
6, Fuencarral, 6



El número extraordinario

de

La Espera

que publicaremos en el curso del mes de Diciembre, y será el primero de la colección del año 1919, constituirá un acontecimiento

**ARTÍSTICO,
LITERARIO
y TIPOGRÁFICO**

HOMENAJE

A LA

LITERATURA DE LAS NACIONES ALIADAS

Un cuento de

Maupassant	(francés)
Rudyard Kipling	(inglés)
Mark Twain	(norteamericano)
Rodenbach	(belga)
Gabriel d'Dannunzio	(italiano)
Máximo Gorki	(ruso)
Eça de Queiroz	(portugués)
Del "Ghempei Seicouiki"	(japonés)

y un cuento español de la Condesa de Pardo Bazán, que completa esta selecta antología de grandes cuentistas. Todos ellos ilustrados á todo color por los mejores dibujantes españoles.

Contendrá, además,

DIEZ Y SEIS BELLAS PÁGINAS EN TRICROMÍA

reproducción de cuadros de

Goya, Bécquer, Rosales, Pradilla, Zuloaga, Rivera, Hermoso, Rodríguez Acosta.
"Las cuatro estaciones", por el original artista Bujados.

El sumario completo lo publicaremos próximamente.

Precio del número: **UNA PESETA**





INTERIOR DE LA CASA DEL "GRECO", EN TOLEDO
Acuarela original de José Drudis Biada

DE LA VIDA QUE PASA

EL APÓSTOL EN LA GUERRA

En la hora de la paz, impregnada de solemnidad histórica, ¡con qué emoción evocamos los recuerdos de estos cuatro años, nuestros temores, nuestras esperanzas, nuestros entusiasmos, nuestras indignaciones, la zozobra del mañana, la fe que venía á disiparla! En ese tropel de recuerdos vuelven á pasar por delante de nosotros, de nuestra mirada interior, las figuras heroicas de los guerreros y las imágenes trágicas de los mártires: Joffre, el Fabio de la guerra; Petain y Nivelle, en la gloria de Verdun; Foch, el vencedor; Hindenburg y Mackensen, con sus falanges compactas de hierro; las caritas de cera de los niños ahogados en el *Lusitania*; Beatty, con sus perros de presa del mar sujetando á toda la escuadra alemana en aquel día de los brindis orgullosos de antaño; miss Cawell, la mártir... De entre esa comitiva de personajes de la guerra se destacan las rojas vestiduras de un cardenal...

No hay que decir quién es. Todos, detrás del título cardenalicio, habréis pronunciado mentalmente el nombre de Mercier. Su eminencia el arzobispo de Malinas ha sido el apóstol en la guerra, un padre de la Iglesia antiguo resucitado alconjuro de la conmoción universal. En la gratitud de su patria, la noble Bélgica, que no siguió el prudente consejo del Sr. Cambó de dejarse violar levantando la protesta correspondiente y acaso pidiendo el precio, sino que prefirió la temeridad gloriosa del débil que defiende su derecho; en el corazón de Bélgica resucitada, el cardenal Mercier debe ocupar un puesto de honor, al lado del rey Alberto, del rey ciudadano y soldado.

En estos días, un semanario francés, *Le Rire*, decía una cosa seria y verídica en la leyenda de una de sus láminas: *Los milagros de Francia. Juana de Arco, 18 años; Clemenceau, 78 años. Y la figura del viejo luchador, del gran ciudadano, digno de figurar en el Noventa y tres, de Victor Hugo, no hacia mal papel al lado de la ideal figura de leyenda de la Pucelle*. El cardenal Mercier ha sido otro de los milagros de la guerra. Bélgica le debe mucho; la Iglesia católica también.

¿Quién era el cardenal Mercier antes de la guerra? Su nombre tenía la aureola pacífica del sacerdote; la lámpara de la filosofía había alumbrado su camino. Su elevación al episcopado, su púrpura de cardenal, habían salido de una cátedra de Lovaina.

Cuando León XIII, el gran Papa de las reformas sociales y las altas miras políticas, inició en su encíclica *Eternis Patris* la obra moderna de la restauración de la Escolástica, los obispos de Bélgica crearon en Lovaina una nueva cátedra de Filosofía para el abate Mercier, profesor del Seminario de Malinas y luego de la famosa Universidad católica belga, donde había cursado los estudios filosóficos y teológicos.

Más adelante el Papa quiso ensanchar el campo de la renovación de la Filosofía cristiana y llamó á Roma á Mercier, que trazó ante el Pontífice, seducido por sus luces y su ciencia, el plan del neo-tomismo. Así surgió el *Instituto Superior de Filosofía de Lovaina*, junto á la Facultad de Letras de la Universidad. Mercier, presidente del Instituto al mismo tiempo que profesor de este Colegio superior y de la Universidad, puso al servicio de la obra una actividad incansable y un saber no igualado por ningún filósofo cristiano de su época. Al mismo tiem-

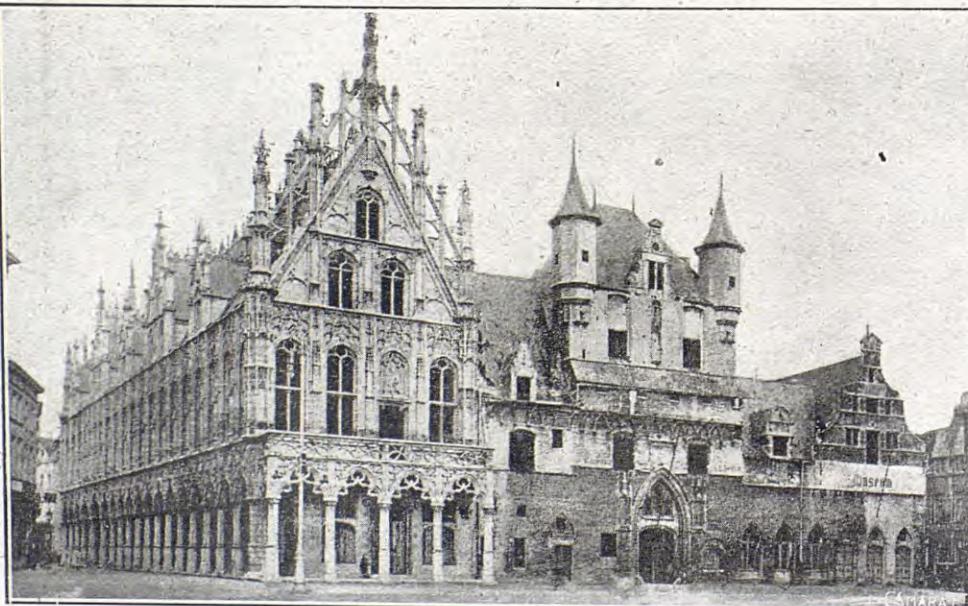


EL CARDENAL MERCIER

po que profesaba su doctrina en la cátedra ensanchaba sus conocimientos asistiendo á los cursos de los profesores de Ciencias y estudiando en el Extranjero en los laboratorios de Fisiología.

Se trataba de renovar el gran edificio de la filosofía cristiana medieval: el tomismo, que es como la catedral de la Filosofía. El doctor de Aquino fué el Aristóteles cristiano. Su filosofía está basada científicamente en la doctrina del Estagirita, que era la enciclopedia de su tiempo. La renovación de la doctrina de Santo Tomás incorporándola los resultados de las investigaciones científicas modernas, ha sido, por decirlo así, el modernismo ortodoxo. Del Instituto y de la Universidad de Lovaina ha salido la nueva legión de filósofos cristianos. En la lista de esa generación de modernos escolásticos no faltan algunos nombres españoles: Alberto Gómez Izquierdo, catedrático de Lógica fundamental en Granada; Zaragüeta, rector del Seminario de Madrid, y, con ellos, otros.

La vocación del filósofo parece reñida con la



Malinas

del hombre de acción. Tiende á concentrar el espíritu en la vida interior, á apartarle de las disputas exteriores, del tumulto del mundo; á sacarle del tiempo y de sus accidentes históricos. Mas acaso, esa antinomia, acreditada en la opinión vulgar, es aparente. Tal vez esa intensidad de vida interior, de lumbre del pensamiento, puede trascender de su reino íntimo en momentos graves y solemnes. Este ha sido el caso del cardenal Mercier. Desde su palacio episcopal de Malinas, donde sucedió al cardenal Goossens, ha sido tan hombre de acción y tan patriota como los valerosos soldados de Bélgica que conservaron inviolable el pequeño rincón de su patria, de donde había de partir la reconquista.

El cardenal Mercier en este trágico período de 1914 á 1918 se nos presenta como una figura antigua del libro de oro de la Iglesia, como uno de los padres de los primeros siglos que afrontaron las persecuciones y más adelante desafaron el poder de los emperadores arrianos.

Su *Pastoral* de la dolorosa Navidad del año 14 no se limita á la protesta viril contra los horrores de Lovaina, contra el martirio de las poblaciones belgas, contra los fusilamientos de eclesiásticos y ciudadanos pacíficos. Es una afirmación valerosa y vibrante del patriotismo belga: «Patriotismo y constancia» pedía el cardenal á los fieles de su archidiócesis. «Nuestros soldados —les dice—son nuestros salvadores. Rogad por esos 250.000 hombres y por los jefes que guiarán á la victoria. Dios salvará á Bélgica que, en el dolor, está alumbrando el heroísmo. La muerte, cristianamente aceptada, hace del soldado un mártir. El poder invasor no es una autoridad legítima. En lo íntimo del alma—declara—no le debéis ni estima, ni adhesión, ni obediencia.» El cardenal no predica, sin embargo, el levantamiento civil. La defensa nacional corresponde á los soldados, pero en ellos deben confiar y con ellos deben estar las almas de los belgas.

Esta protesta cristiana se levanta en medio del terror de la ocupación alemana, cuando aún humean las ruinas de la colegiata y de la Biblioteca de Lovaina, cuando centenares de familias llevan el luto de los parientes fusilados. Los alemanes prohibieron la lectura de la *Pastoral* en las iglesias. El cardenal fué amenazado y arrestado en su palacio. Su popularidad, el prestigio de la púrpura cardenalicia, el temor de una universal protesta católica, pusieron límites á la persecución contra el prelado.

La firma del cardenal Mercier, que no se intimidó ante la fuerza material, aparece la primera, seguida de las de los obispos de Gante, Brujas, Namur, Lieja y Tournai en la memorable carta que el episcopado belga dirige al de Alemania en Noviembre de 1915. Los obispos de Bélgica refutan la imputación tendenciosa de las crueza- des belgas contra soldados alemanes, y piden que el caso se someta á una información imparcial.

Bélgica ha sido martirizada, repiten una vez más, solemnemente, protestando de que no pueden callar porque las palabras de Cristo, *Mi misión es dar testimonio de la verdad. Buscad el reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura*, les marcan la senda del deber.

Los días lúgubres de la esclavitud de Bélgica han pasado felizmente. Bélgica no olvidará nunca al cardenal Mercier. El mundo no debe olvidar tampoco al apóstol cristiano que alzó su voz, severa y valerosa, frente á los horrores de la guerra.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

UNA pintora mallorquina, Pilar Montaner de Sureda, expone actualmente en el Salón del Círculo de Bellas Artes gran número de obras suyas.

La señora Montaner, conocida en Cataluña, en Francia y en Inglaterra, donde ha expuesto varias veces, era desconocida aún en Madrid. Durante unos días su pintura recia, vigorosa, reveladora de un temperamento casi varonil, ha evocado para nosotros la magia luminosa de Mallorca.

Pilar Montaner resume en sí la doble fecundidad de la vida y del arte. Madre de once hijos, autora de varios centenares de cuadros, ni sus entrañas ni su sensibilidad se agotan. Y tal como es de exiguo su cuerpo muestra en el rostro flaco todos los rasgos de un alma extraordinariamente ávida de vivir, exaltadamente apasionada de la belleza. La boca grande, voluntaria, traza una línea recta sobre la tozudez del mentón. La nariz avanza filante, enérgica. Y los ojos, un poco hundidos en las cuencas orbitarias, recogen todo el interior fulgor animo. Son unos ojos inquietantes, zahories, de asceta ó de iluminada. Ojos que vemos eternizados en los rostros del Greco ó que también se asoman al dolor y á la quimera en ciertas facies de nihilistas rusas. Ojos que explican su pintura embriagada de luz y escalofriada por el misterio. Ojos que han pasado largos años en éxtasis contemplativos y solitarios con la naturaleza inflamada, palpitante, radiosa de Mallorca; que han profundizado en los libros de poetas y filósofos, y que han sonreído de felicidad y llorado de dolor entre tantas existencias filiales.

En la pintura de Pilar Montaner hay que establecer una previa división de temas que á su vez se subdividen y sugieren diferente importancia de méritos y aun diversidad de tendencias técnicas: las figuras, los paisajes.

Es antes que nada paisajista. Su filiación procede del impresionismo de los Monet, de los Pissarro, de los Sisley. Para ella «la luz es el protagonista del cuadro». Necesariamente había de estar más propicia á la interpretación de los aspectos fugitivos de las horas sobre el vario espectáculo de la Naturaleza que á desentrañar psicologías á través del retrato.

Son estimables, sin embargo, sus tentativas como pintora de figuras. Ha compuesto cuadros de tipos mallorquines, de campesinos durante labores agrícolas. Ha pintado retratos de sus hijos, de sus amigos. Por la Cartuja de Valldemosa, donde viven Pilar Montaner y Juan Sureda, van desfilando artistas, escritores españoles y extranjeros. Casi todos ellos posan para los re-



PILAR MONTANER DE SUREDA
Pintora mallorquina, que ha celebrado una Exposición de sus obras en el Salón del Círculo de Bellas Artes

tratos de Pilar Montaner: Unamuno, Gabriel Alomar, Rubén Darío...

Pero contienen los paisajes la más cabal expresión de su temperamento. Estrofas sueltas de un gran poema á la Isla Dorada que sólo terminará con la vida de Pilar Montaner, cantan en todos los tonos la luz y el color. Son los unos *series cromáticas* á lo Monet, contemplaciones de sucesivos estados de luz sobre un mismo fondo; muestran los otros la grandiosa diversidad de aspectos de Mallorca: su mar, sus cumbres, sus calas, sus jardines, sus huertos, sus celajes de maravilla.

Dentro del paisismo de Pilar Montaner ocupan sus cuadros de los olivares de Valldemosa tan preeminente lugar que empequeñecen, que casi anulan los demás aspectos de su pintura.

El espíritu inquieto, la febril sed imaginativa y el voluntario deslumbramiento donde le gusta

crear sus obras á la pintora mallorquina, se manifiesta en el mundo torturado y extraño de estos olivos.

Los troncos secos, ásperos, de los olivos de Valldemosa surgen de entre las piedras blancas como un sueño dantesco, como una humanidad maldita. Adoptan monstruosas formas, epilépticos retorcimientos, crispaturas trágicas, fantasmales apariencias ultraterrenas. Van más allá de la fantasía; superan los terrors, las lujurias atormentadas, las elucubraciones toxicadas de Poe y de Baudelaire. Bajo el esplendor genésico del sol estos monstruos vegetales realizan apocalípticos ayuntamientos, impelan con descoyundadas desesperaciones, danzan con dionisiacos furores, luchan con tentaculares é indestructibles presas. Bajo la luz de la luna, en el silencio angustioso y extenso de la noche, se yerguen como pensamientos de odio, de lascivia, de homicidio; como jalonnes de fatalidad; como desenterradas momias de un mundo prehistórico, ó como esos cadáveres que la asfixia y el fuego contraen con muecas y ademanes horribles en las catástrofes de muchedumbres.

Pilar Montaner, la mujer del cuerpo breve y del espíritu gigante, pinta toda esta tragedia arbórea de un modo exacto y sugeridor.

Rubén Darío ha comentado los cuadros de Pilar Montaner donde los olivares de Valldemosa se retuerzan con toda su macabra fantasmagoría, en un poema cuyas primeras estrofas dicen así:

Los olivos que tú, Pilar, pintas son ciertos,
son paganos, cristianos y modernos olivos [tos
que guardan los secretos deseos de los muertos
con gestos, voluntades y ademanes de vivos.
Se han juntado á la tierra porque es carne de
tierra
su carne, y tienen brazos y tienen vientre y boca
que lucha por decir el enigma que encierra
su ademán vegetal ó su querer de roca.

Este «secreto deseoso de los muertos», ese enigma que se esfuerzan por decir fué sorprendido y fué escuchado por Pilar Montaner al oír cantar al pájaro antídiluviano del *Campo de fuego*, en las voces mudas de *Los árboles penitenciales*, en ese Genio Maléfico de *El decapitado*, que avanza desde una altura sobre el pueblecillo costero dormido en la paz lunar; en las actitudes retadoras de los troncos que parecen ciclopas agitándose en desiertos de hielo; en ese esqueleto de labriegos que detrás de la carroña de su caballería va arando la tierra rocosa, lo comprendió, principalmente, acercándose llena de piedad á esa silueta de vieja titulada *El dolor humano* y que recuerda de un modo extrañamente fraterno al *Esclavo*, de Ivan Mestrovic, doblándose sobre sí mismo...

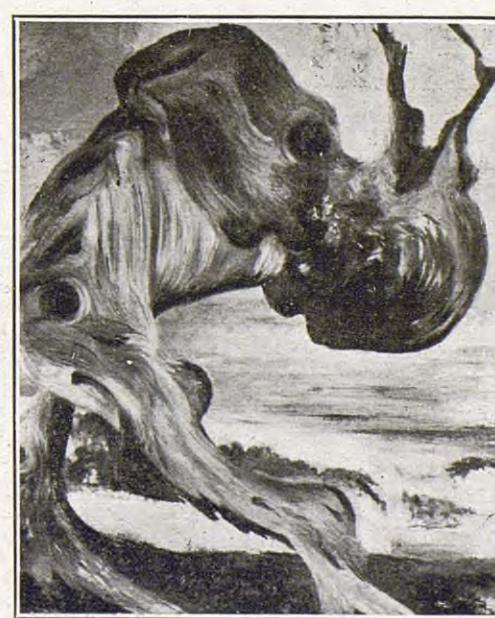
José FRANCÉS



“El decapitado”



“El campo de fuego”

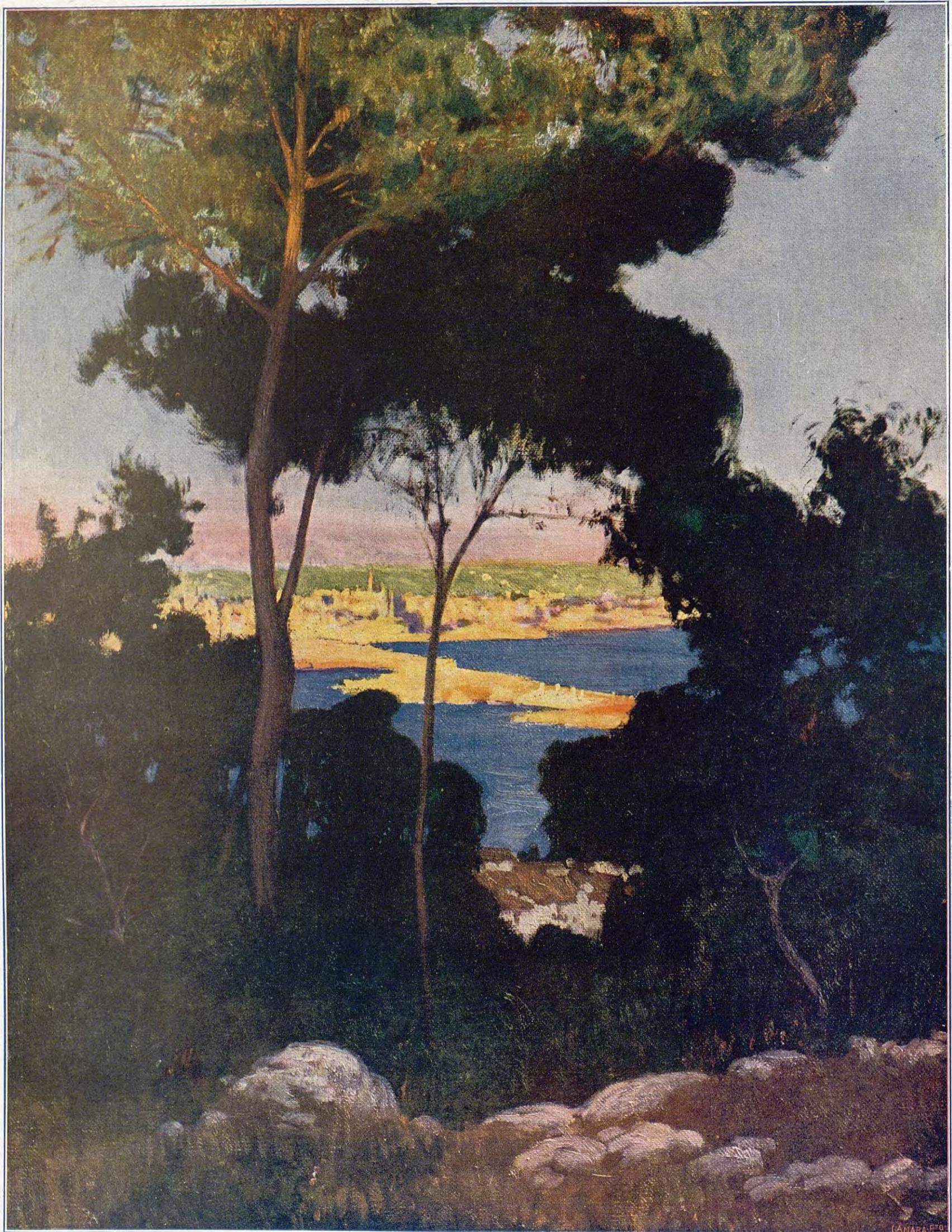


“Dolor humano”

(Cuadros de Pilar Montaner, reproduciendo varios olivos del «Campus encantado» de Valldemosa (Mallorca))

LA ESFERA

PAISAJES MALLORQUINES



LA ISLA DORADA, cuadro de José Bermejo

ROMANCE DEL MAR



Lleno el corazón de anhelo,
tras un largo caminar,
llegué una tarde á la orilla
sonora del ancho mar.

En el cielo, azul y puro,
brillaba el sol invernal
y cantaban las sirenas
en la inquieta inmensidad.

Me paré frente á las olas
un momento á meditar,
y una voz me dijo entonces:
—No es posible seguir más.

Vi los divinos navíos
á lo lejos navegar
como palomas sagradas
de una pradera ideal.

Soplaba el viento marino
en la vasta soledad
de agua y cielo. Se veía
al fondo la eternidad.

A mis pies, sobre la arena,
las olas iban á dar
entre sonrisas de espuma
y sollozos de ansiedad.

Eran mansas y rebeldes,
de una belleza inmortal,
con dulzuras de paloma
y violencias de titán.

Eran bellas, por sí mismas,
lo mismo que una deidad;
honda como el corazón,
amargas como la sal.

Daba la gloria del día
su celeste claridad.
Al fondo del horizonte
se abría la eternidad.

Viendo las olas inmensas
sobre la playa avanzar,
pensé siempre: «Nuestras vidas
llenas de anhelos están.

»Sueños son de un algo puro,
mentiras de una verdad,
suspiros que el viento lleva,
gotas de agua en el mar.»

Me acordé, como de un sueño,
de un amor, lejano ya;
de una mujer; de mi infancia
que parecía tornar...

Y me acordé de las rosas
fragantes de aquel rosal
que yo de niño veía
por Abril resucitar.

Un rayo del sol brillaba,
como una aurora, en el mar.
—Allá muy lejos, muy lejos,
se abría la eternidad.

En el cielo vi de pronto
dos gaviotas volar;
y yo pensé: «Los navíos...
los sueños míos... El mar...»

Como un ensueño pasaba
mi carabela ideal.
Mi corazón, desde lejos,
al verla, se iba detrás.

»Ave divina que vuela,
nave que se ve pasar,
que no se sabe á quién lleva
ni se sabe adónde va!

Las sirenas encantaban
mi pecho con su cantar.
Las olas sobre la arena
redoblaban su ansiedad.

Todo el esfuerzo que irradiaba
de mi vida, cuando más,
representa solamente
lo que una gota en el mar.

—¡Ay, corazón, corazón!
¡Atado á la vida estás!
¡No tienen tus altos sueños
 alas con las que volar!

Mi pecho es cárcel obscura,
¿qué luz te libertará?
No eres más que un caracol
que guarda el ritmo del mar.

Corazón, admira y calla.
De aquí no puedes pasar.
Eres pequeño. Tu vida
es pasajera y fugaz.

Y me dijo el corazón:
—¡Soy pequeño, y no es verdad;
que las fuerzas que me mueven
son las que mueven el mar!

RAFAEL LASSO DE LA VEGA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

CUENTOS DE "LA ESFERA"

"BEDULLITO"

QUIERE usted saber, amigo don Poli-
carpo, por qué me quedé cesante? Pues escuche esta parte triste de mi historia.

Yo estaba empleado en el Ministerio de Hacienda por aquellos tiempos en que los ministros hacían de sus subordinados lo que les venía en gana, sin que ni rey ni roque les fuese á la mano; y así, cuando daba en el suelo una situación política y venían moderados á heredar á progresistas, ó viceversa, los que nos apacentábamos del presupuesto sufríamos angustias de muerte, en espera de inmediata suplantación, con aditamento de ayuno. Que yo hice cuan-
to pude por echar raíces en aquel sillón de vaqueta donde encajaba mis posaderas durante seis horas mortales resolviendo expedientes, se cae de su peso, y hasta llegué á imaginar—¡mire usted si soy inocente!—que el Ministerio de Hacienda, y con él toda la mecánica crematística, vendriáse á tierra el dia que yo abandonase *abriato*, como decía cierto señor á quien tuve por jefe; el supradicho sillón, porque un malhumorado personaje me quitase la prebenda para dársela al primer zascandil que hubiese sabido mover la lengua en su pro.

Digo prebenda, porque tal consideraba los veintiséis mil reales con que el Estado pagaba mis servicios, á cuya remuneración llegué al cabo de treinta años, y ellos, los veintiséis mil, servíanme para la *mantenencia* de mi doña Luisa y de mis siete vástagos. No comíamos ostras lucrinas, ni lechuga de Pafos, ni langosta de Bayas, y en punto á indumentaria, andábamos á quita de aquí y pon más allá; pero íbamos tirando y nos considerábamos felices, y yo más que mi gente, juzgándome incrustado en la Administración española á machamarrillo, merced al concienzudo rigor y extremada justicia que ponía en la aplicación distributiva de las infinitas y sabias leyes que rigen nuestras finanzas. Esta regla de conducta que seguí siempre al estampar mi firma, legible y clara, en los expedientes que caían bajo mi jurisdicción, para que los iluminase con mis luces administrativas, dábame la seguridad del deber cumplido; pero la satisfacción de mi propia excelencia pedíame un paso más en el escalafón, un merecido ascenso, dado que mis pimpollos femeninos, cuatro clavelitos primaverales, al par que crecían en tamaño crecían también en aspiraciones lujosas que les permitiesen exhibir su mérito, porque sin el *buen ver no hay buen casar*.

Padrino, no lo tenía; amistades políticas de esas á todo embutir, menos; de manera que me devanaba los sesos para hallar el procedimiento

que me condujese á la realización de mi legítimo deseo, cuando la casualidad, madre de la suerte y servidora de la audacia, vino en mi ayuda.

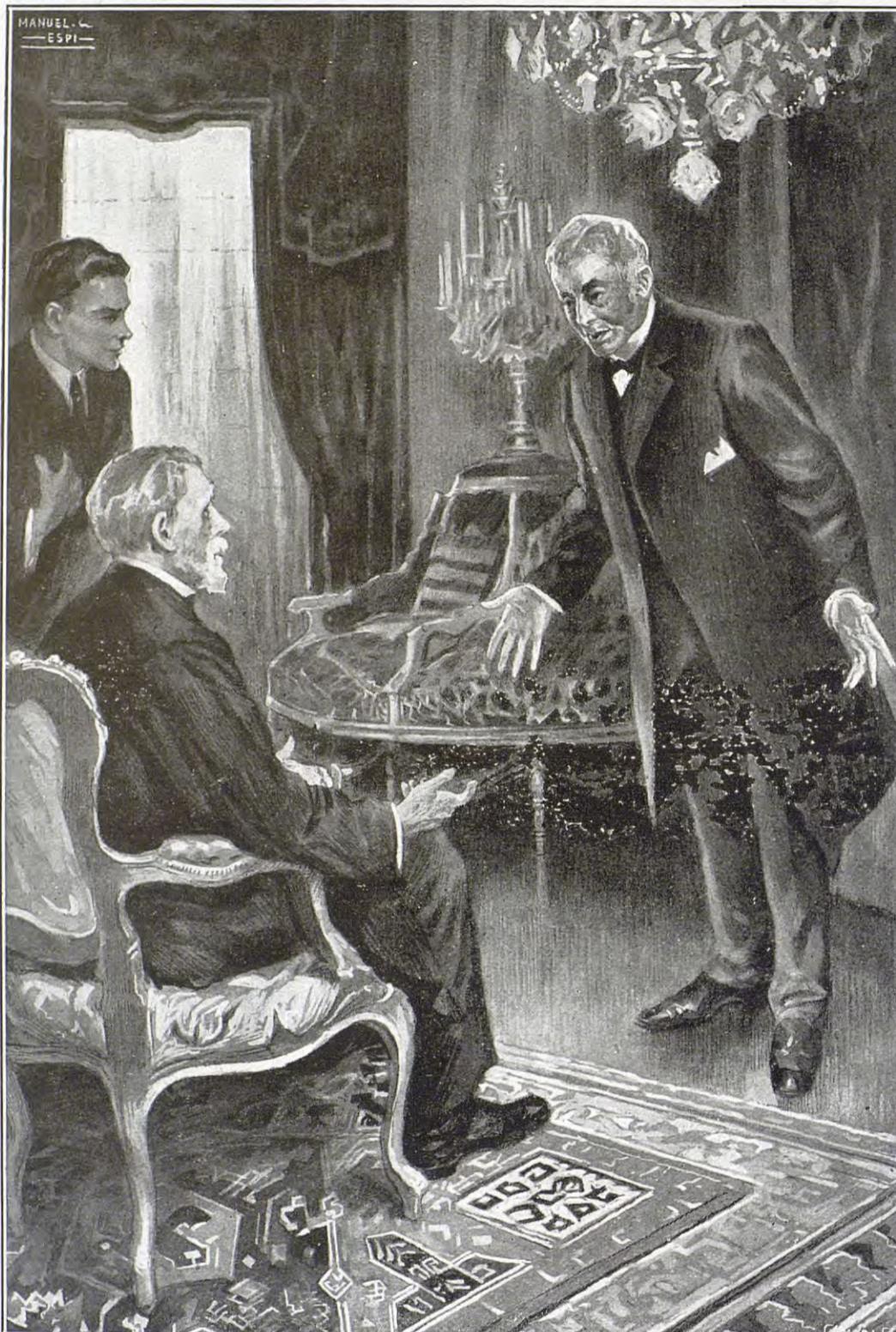
Y fué que el ministro, mi ilustre jefe, un buen señor á carta cabal, poseía un perrito, en el cual se miraba como si fuese de su propia familia, y del que no gustaba separarse, hasta el punto de llevarlo al Ministerio y tenerlo en su despacho, donde el animalito campaba por su respeto. ¿Que si era bonito? Era encantador, y siento ser un zote en esto de la pintura, porque, en caso contrario, dibujaría aquí siquiera un boceto de aquel curioso ejemplar de la raza canina. Yo soy poco aficionado á gastar mis jugos afectivos en la cría y reproducción de los animales domésticos, sin exceptuar á los gatos, no obstante su competencia en el Negociado de ratones, y, sin embargo, reconozco y declaro que *Bedullito* hacía vacilar mis opiniones en este particular del amor á los animales, pues poseía cualidades de

significar su protesta contra el insufrible expediente.

Agradecíome su excelencia mi halago á su favorito, á juzgar por la sonrisa que me dirigió al darle detallada cuenta del mamotreto en que iba como plasmada mi ciencia administrativa, y ya, animado con tal muestra de su benevolencia y columbrando que quizá por la peana de *Bedullito* llegaría al santo y así á obtener el apetecido ascenso, continué las caricias siempre que me llegaba la vez del despacho, y logré que el animal se despedazase de puro contento, no bien pasea yo la alfombra ministerial.

¿Quién me inspiró la desdichada idea de llevar á *Bedullito* un terrón de azúcar de los sobrantes de mi café? ¿Qué diablo enemigo de mi ventura me aconsejó hacer á *Bedullito* semejante dulce obsequio?...

Tan tranquilo me hallaba un martes frente á mi mesa mascullando el discursete que me proponía dirigir á Su Excelencia el dia que me toca-



inteligencia que ya hubiera querido alguno de mis compañeros para los días que repicasen gordo.

¿He dicho que se llamaba *Bedullito*? Así lo nombraba su dueño, y no le faltaba más que hablar si éste, entre firma y firma, le dirigía alguna palabra cariñosa ó le recomendaba moderación en sus naturales expansiones. ¡Qué menear entonces la cola! ¡Qué ponerse en dos patas y dar saltitos sin caer en cuadrúpedo durante largo rato! ¡Qué lucir, en fin, otros primores que, para no cansar, omito! Al director de Rentas se le caía la baba viendo tales gracias, según me contó el portero mayor del ministerio, y el asesor general buscaba pretextos para entrar en el despacho del jefe y arrobase ante las monerías de *Bedullito*.

Por causa de enfermedad de mi inmediato superior jerárquico, me vi obligado á despachar con su excelencia; y una mañana, cuando me tocó el turno, penetré en el santuario donde se fraguan las *sapientísimas* leyes económicas, y me holgué con la ocasión que me deparaba ver por mis propios ojos lo que me decían del perrillo. Quedéme parado en el fondo de la habitación, mientras un director general recogía los papelotes donde el ministro acababa de poner cuatro garambainas, que querían decir su nombre y apellido, y como viese en un sillón cercano á mi persona al perro de que toda la casa se maravillaba, me tomé la licencia de acariciarle, y él entonces, juguetón y amable, se incorporó, lamió muy delicadamente mi mano y luego mordió el balduque del legajo que yo llevaba al ministro, lo cual quiso, sin duda,

se verle, porque justamente hablábase en el ministerio de una vastísima combinación de personal encaminada á poner en la calle á los desafectos al Gobierno, y el momento parecíame que ni pintado para formular mi vehemente deseo, dado que yo no era sospechoso y además me apoyaba en la influencia de *Bedullito*, el cual, sin duda alguna, habría hecho al modo perruno alguna manifestación por donde su amo conociese cómo era yo su más cariñoso amigo; tan lleno de ilusiones me encontraba pensando en la alegría de mi gente al entrar con la grata noticia de mi ascenso, cuando he aquí que circula por el ministerio el rumor que llega á mis oídos por conducto del chico listo (así llamo á un joven meritorio que es un gerifalte para descubrir en el caos de la legislación española la más olvidada pragmática), llega á mis oídos, digo, que el ministro está que trina porque *Bedullito* se halla gravemente enfermo con síntomas de envenenamiento. Dícese también—añade el gerifalte—que el jefe ha ordenado se interroge á todos los funcionarios que entraron en su despacho, pues cree recordar que alguno de ellos dió á *Bedullito* un comestible donde iba el veneno.

Oír la tremenda noticia y ponérseme los cabellos de punta todo fué uno. ¡Claro! De la ordenada pesquisa (encuesta decía el gerifalte) yo voy á resultar el culpable, y aquel inocente terrón de azúcar un tósigo tan truculento como el agua toffana ó el veneno de los Borgias.

¿Qué hacer en trance tal? ¿Y cómo corrió por todo el ministerio que yo era el envenenador de

Bedullito? Pues, sí, señor, don Policarpo. Corrió la noticia cual reguero de pólvora y corrido quedé, porque mis compañeros tomaron á chacota el caso, y con lo del veneno me daban cantaleta hasta sacarme de mis pacíficas casillas.

Y ahora figúrese usted, amigo don Policarpo, mi espanto cuando el repiqueo del timbre que tengo sobre mi cabeza y que me recuerda cada vez que tintinea cómo soy su esclavo, me llamaba á inmediata comparecencia ante el ministro... Tentado estuve de dar la callada por respuesta y ponerme tan guapamente en la calle; pero el concepto que tengo de la disciplina hízome sacar fuerzas de flaqueza y presentarme al jefe.

El cual me recibió adusto, y á quemarropa me preguntó si era yo el que había dado á *Bedullito* una golosina.

—Yo, señor ministro, el último día que tuve el honor de despachar con vuecencia dí, en efecto, al perrito un modesto terrón de azúcar, cuyos hermanos endulzaron mi café sin que yo notara en mi organismo, después de ingeridos, los síntomas premonitorios del envenenamiento, de lo cual deduzco que en el mencionado terrón no iba ningún ingrediente falaz y dañino.

—Y usted qué sabe —me interrumpió— de los microbios que encerraría el malhadado terrón, ni quién le mandó hacer obsequios á mi perro...

—Yo, señor ministro, creí... pensé que un tan inocente terrón...

—Inocente y el pobre casi está ya en las pos- trimerías?

—Pues por la hora de las mías le juro á vuecencia que...

—Basta—atajó airado—. Puede usted retirarse.

Vaya si me retiré, y no paré hasta verme en mi domicilio, dando por fenecido mi ascenso y maldiciendo la hora en que se me ocurrió ser amable con *Bedullito*.

—Ascenso dije? Sí, sí... Al día siguiente de mi entrevista con mi ilustre jefe, cuando volví á la oficina hallé sobre mi mesa un pliego, dentro del cual estaba el decreto dejándome cesante, y en él un papelito que, sin duda, deslizó algún chusco de la secretaría particular del ministro, mi verdugo, que decía en letras gordas: «Cesante por perricida».

—Perricidio! Tal delito me achacaron, amigo don Policarpo, pues, según supe por Gerifalte, el perrito empezó por irse de cámaras y acabó por irse al otro barrio, y yo por irme á mi casa y á dar fin á mi vida burocrática, pues aunque pronto volvieron los progresistas, hacia cuyo partido se dejaban caer mis calladas aficiones políticas, no hallé entre ellos aldaba que llamase con fuerza á la puerta del ministerio hasta conseguir mi justísima reposición.

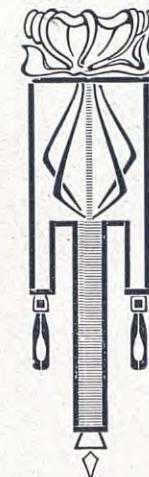
Cuando más tarde supe que el buen señor que me limpió el comedero era presidente de la *Sociedad protectora de animales*, me alegré de que no me hubiese protegido.

E. GUTIÉRREZ-GAMERO

DIBUJOS DE ESPÍ



LA HORA AZUL



(RAMIREZ)

ANTES — *to u-
jours avant
guerre* — de
la guerra existía
la hora violeta, la
hora amable del
five o'clock en los
boudoirs perfumados
de *Sourire aux
yeux fermés*, y la
hora verde, la ho-
ra del ajenjo en
los *bars* y en los
drink-rooms.

Siempre había
una dama que, en
la hora violeta, pe-
netrase en la
combradora (*encom-
brant*) en el salón-
cito Luis XVI de
la amiga que se
quedaba en casa;
una dama más bien
gorda, más bien
madura, injuriosamente
pintada, vestida casi siem-
pre de malva, con
sombreros dema-
siado grandes y
demasiado a go-
biados de *aigrettes*, sudando bajo
sus pieles y oliendo
árosa d'Orsay, que se desplomaba
en una buta-
quita (crujido temero-
so) y después de mirar á todas
partes y cerciorarse que allí no
había... más que
seis ó siete ami-
gas de *confianza*,
dos parentas *dis-
cretas* y los cri-
ados que servían el
té, mudos y silen-
ciosos (aquí de
Cleopatra: «Un esclavo no es un hombre»), mur-
muraba con aire de profundo misterio:

— Puesto que estamos *solas* y se puede hablar...

Y luego contaba la historia, con salvedades
barrocas, que empeoraban la cosa. Había des-
cubierto que la Tardienta con sus *infusas* de
honrada...

Llegaba siempre, en la hora verde —hora de
ajeno—, una pareja ambigua, muy *chic*, muy
chi-chi, que entraba en el *bar* elegante y pedía
un *japanne* ó un *saratoga* para la dama, una
citronete para el caballero. Ella fumaba cigarri-
llos españoles de cuarenta y cinco, él un *setos-
amber*, lo más, lo más un *kedive*. Y no se sabía
qué era más admirable, si el maquillaje en tonos
violetas de ella ó el maquillaje en *marfil* y *rosa*
de él. La mujer muy *boy*, vestía trajes sastre y
usaba monóculo y bastón; el hombre un *gigolo*
casi siempre, gabanes muy entallados, sombreros
que le llegaban hasta la punta de la nariz, pieles

y sortijas arbitrarias. Los dos olían á *ámbar gris*,
á *oro verde* y un poco á éter.

Pero en el reloj de la vida, esas horas, como
la *hora gris* cuando en la infinita melancolía del
otoño, en el anochecer humano, entre el arremo-
linarse de las hojas secas y el mecerse de las
olas opacas y plomizas, paseaban su última en-
trevista dos amantes —cuarenta años, muy ele-
gante, pelo rojo, velo espeso, ella; treinta y seis,
moreno, enjuto, *Don Juan*, él—mientras

Schubert solloza la *Serenata*

y rasgaban las viejas cartas perfumadas de vio-
leta y de amor, como la hora cárdena —horizonte
de cobres, barcas negras, mar rabiosamente
verde, idilio ardiente—, como tantas otras horas,
han sido substituidas por la *hora azul*.

En la *hora azul*, en estos cuatro interminables
años de horror y de angustia, Paulette se ha he-
cho mujer, ha sentado su cabeza loca, y muy tris-

te, un poco espe-
ranzada según pa-
saban los días y,
¿por qué no con-
fesarlo?, un poco
orgullosa de su
héroe, mientras
pensaba en Paúl,
se ha dedicado á
cosas trascenden-
tales.

Ha tenido un
taller de ropa-
s para soldados, ha
aprendido medici-
na, ha sido enfer-
mera admirable
de la Cruz Roja,
se ha hecho, en
fin, digna del sol-
dado de Francia
que guerreaba pa-
ra salvar la Patria
en peligro. Con
su cara ingenua
de *poupée* y su *al-
lure* un poco *mu-
ñeca alemana* (*hor-
ror!*) ha sido una
mujercita digna de
un guerrero.

Pero entre tan-
tas cosas buenas
lo mejor es que ha
descubierto el se-
creto de pensar.
La vida para ella,
limitada al *tennis*,
al *golf*, al *tango*...
se ha convertido
en algo trascen-
dental.

Ha aprendido
á ver las cosas
como son, á amar
la abnegación, el
esfuerzo, el sac-
rificio y también
ha aprendido á
soñar.

Y en la campi-
ña fría, clara y serena, que circunda el *cha-
teau* familiar, donde los suyos se han retirado en
espera de mejores tiempos, ha tenido su *hora
azul*, su hora un poco melancólica de ensueño y
amor.

Pero he aquí que la guerra acaba ya, y Paulette,
según el dolor se aleja, se hace más frívola,
más banal y sueña con que la hora violeta, y
la hora verde, y la hora gris, y la hora cárdena
van á volver.

¡Y no volverán! En la vida no hay dos horas
iguales como no hay dos olas iguales en el mar,
ni dos nubes iguales en el cielo. Volvemos á
ser felices, á amar, á gozar, á sufrir; pero *aque-
lla* felicidad, *aquele* goce, *aquele* sufrimiento...
esos, como las golondrinas de Bécquer, no vol-
verán!

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE RAMÍREZ

LA CASA TRISTE

En la quietud de un huerto
que cercan rojas tapias,
se yerguen, melancólicos,
los muros de una casa,
sin ruidos que despierten
los ecos, hace tiempo dormidos, de sus salas,
sin vida, como muertos, sus largos corredores,
sin luz en sus ventanas.

Los álamos del huerto,
en las azules noches de luna sosegadas,
parecen, siempre extáticos,
en torno de la casa,
silentes peregrinos
que escuchan la lejana
canción que, allá, en un patio recóndito, la fuente
desliza, en el silencio, con dulce voz de plata.

En una de esas noches de luna transparente,
en una noche casta
de azules lejanías
y de luceros de oro que brillan como lágrimas,
cenida hasta los ojos el ala del chambergo,
subidos hasta el rostro los pliegues de mi capa,
y al broche de mi cinto
sujeta fuerte espada,
crucé bajo los olmos,
subí con lento paso la breve escalinata,
y, abriendo suavemente la puerta, me hallé dentro
de aquella mansión húmeda, sombría y solitaria.

Detrás de mí, la puerta, con un largo suspiro,
—sus goznes tanto tiempo dormidos se quejaban—
cerróse lentamente,
y, sólo, en las tinieblas, quedé como una estatua.
¿Pavor? No sé; el mantelo, por precaución, de un golpe
me desceñí, y la espada
prendí, firme, en mi diestra, y así, por los sombríos
y largos corredores, llevé, lento, mi planta.

La luna, fugitiva,
entrando por el turbio cristal de una ventana,
rompía, algunas veces, las lóbregas tinieblas
con una luz de espejo, tan lívida y opaca,
que si á esa luz veía, sobre un oscuro espejo,
mi sombra reflejada,
parábame, cobarde, creyendo ver, de pronto,
venir hacia mi encuentro la sombra de la Pálida.

Si, atento, detenía,
para escuchar los ruidos, el rumbo de mi planta,
tan grave era el silencio,
tan honda era la calma,
que, en los rincones húmedos
y entre las vigas altas,
se oía el incansable
tejer de las arañas.

Subí y bajé, cien veces, por sordas escaleras;
abré cerradas puertas inmensamente trágicas;
y me perdí, sin rumbo, sintiendo de mis pasos
el golpe pavoroso que el eco prolongaba.

De pronto, entre las sombras, sentí como un sollozo,
sentí como una queja, muy honda, sin palabras,
al tiempo que una mano de hielo me cogía,
ingrave y melancólica, los pliegues de la capa.

Aquel sollozo triste y aquella ingrave seña
como un escalofrío corrieron por mi espalda,
y el miedo hizo que, inútil, mi mano vacilase
sin fuerza sobre el puño dorado de la espada.

¡Oh, no os marchéis; quedáos;
—me dijo una voz lánguida—
no me dejéis tan triste,
tan sola en esta casa!

Desde que entrasteis, muda,
seguí vuestras pisadas,
tan cerca, que sentísteis rozar en vuestro oído
mi aliento, dulce y trémulo, como el temblor de un ala.

Yo soy aquella sombra
que vísteis reflejada,
sin luz, en los espejos,
intensamente pálida.

¡Oh, no os marchéis; quedáos;
—tremante, repetía la voz llena de lágrimas—
no me dejéis tan triste,
tan sola en esta casa!

Y aquella mano fría,
de hielo, descarnada,



crujía, entre las sombras,
tirando de mi capa.

Grité, ronco, en la noche, y huí, despavorido;
crucé, loco, frenético, las lóbregas estancias;
subí y bajé, cien veces, por sordas escaleras;
abré y cerré cien puertas inmensamente trágicas,
sin detenerme, ciego,
como hoja desprendida que el huracán arrastra,
sintiendo aquella mano, como un escalofrío,
tenaz, sobre mi espalda.

Si halláis, junto al camino, bajo unos viejos olmos,
en una de esas noches de luna sosegadas,
una mansión dormida, de muros melancólicos
y herméticas ventanas,
seguid; no deteneos; seguid; porque Ella habita,
recóndita, esos muros y, entre la sombra, os llama,
fingiendo sobre un clave para que entréis, románticos,
de una escondida fuente la dulce voz de plata.

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE ECHEA

NUESTRAS VISITAS

FELIPE SASSONE



CAMARA-FOTO

FELIPE SASSONE

FOT. CAMPÚA

El largo Paseo de la Castellana se extendía ante nosotros, negro, húmedo y silencioso, como un jardín encantado, con sus grandes árboles, que parecían fantasmas, y sus escasas luces, que brillaban en la obscuridad como luciérnagas.

Había cesado la lluvia. Después de comprobarlo, cerramos los paraguas y continuamos caminando lentamente, cogidos del brazo. Bajo nuestros pies crujía la alfombra dorada que en estos días de otoño habían tendido las hojas caídas.

Dormía todo; hasta aquellas cuatro campanadas, oídas en un reloj cercano, dejaban un largo eco de pereza y desaliento.

El silencio de ciudad desierta era sólo turbado por nuestro diálogo pintoresco de evocaciones, anécdotas y proyectos.

La voz limpia y metálica de Felipe—voz de

tenor—se complacía en dominarme. Charlaba y charlaba con una amenidad subyugadora que hacía perder la noción del tiempo y del lugar. Hubo un sólo instante en que caminamos por la obscuridad en silencio; se oía el ruido producido por las grandes gotas de agua que desde los árboles resbalaban hasta nuestros sombreros. De pronto, bajo la luz de un farol, detuve á Sassone y le pregunté:

—¿A que no sabes lo que se me está ocurriendo en este momento?

El se puso su monóculo y me miró de hito en hito, queriendo auscultar mi espíritu.

—¿Acompañarme hasta la Puerta del Sol? —inquirió.

—No.

—Pues, chico, no sé—murmuró vencido.

—Mira, querido Felipe, tú ya eres un escritor triunfante.

—¡Hombre, por Dios! —me interrumpió con fingida modestia.

—Sí, triunfante —insistí—; has luchado mucho, tienes un talento multiforme, y yo deseo, antes de marcharme á París, hacerte una entrevista para LA ESFERA. ¿Quieres hablarme de tí, de tu vida, que debe ser muy interesante?

—...encanta tu propósito y me encanta hablar de mí; siempre estoy hablando de mí, y no es narcisismo ni pedantería. Ya ves, la docenita de personas que me reconocen algún mérito, dicen que soy original.

—Y lo eres —afirmé yo.

—Pues bien: el secreto de mi originalidad no es más que la sinceridad; desnudarme el alma. Porque puede haber parecido de facciones y hasta de movimientos; pero en el sentir, en lo psíquico, nadie se parece á nadie. Uno es uno personal, intransferible y inconfundible. El *quid*

está en saber sacar *eso* de uno. Cuando tú o yo, ó quien sea, habla de algo que siente y sin inquietarse de quien lo oye, sin reparo, sin adoptar posturas, sin pensar si lo que dice está bien ó mal, es moral ó inmoral y le conviene ó no, resulta siempre original y, por consiguiente, interesante. Pone el alma á flor de piel y es siempre agradable el espectáculo del alma de un hombre.

—Sin embargo, Felipe, no llevas razón; lo mismo que en el orden físico se parecen las personas hasta casi ser iguales, ocurre en el orden espiritual. No te quepa la menor duda. Y en cuanto á llevar el alma á flor de piel, es un poco expuesto; y tú sabes, además, que es una prueba de distinción defender la intimidad del alma.

—No lo niego; pero yo fundo mi aristocracia espiritual en otra cosa: en lo agudo y lo ágil de mi sensibilidad; en el don de la risa y del llanto, que tengo fáciles, y no oculto ni un momento, ni mi pena, ni mi rabia, ni mi alegría. Para que nadie se llame á engaño, quiero que mi alma salga á la calle en calzoncillos blancos, y si está ridícula así, pues... ¡pacienza!

Nos detuvimos otra vez á encender unos egipcios.

—Cuéntame de tus andanzas, de tus predilecciones, de tu niñez —insistí.

—Mira, en cien palabras te diré toda mi vida. Nací en Lima el 10 de Agosto de 1884.

—Hombre, tanto detalle, no.

—No importa; así encontrarán datos biográficos el día de mi muerte —contestó en broma—. Mi padre es italiano.

Le interrumpí:

—Se te nota que eres italiano de sangre.

—¿Por qué?

—Por tu sensibilidad artística. Tienes el alma del arte en carne viva.

Rió; prosiguió:

—Y, además, tu tipo y tu distinción desalñada es de un príncipe bohemio escapado de un palacio romano. Parece que tus cabellos se han ido empolvando ante un lienzo en un estudio de Venecia y que tus ojos se han llenado de melancolía paseando por los lagos de Nápoles; y con tu chambergo airoso, tus proporciones gallardas, tu aire impertinente y despótico y un acero en la diestra, nada tienes que envidiar á un mosquetero siciliano.

—¡Por Dios, Pepe! No te burles de mí.

Protesté, y prosiguió:

—Pues bien: mi padre italiano y mi madre peruviana, hija de españoles, españolísima, andaluza. Mis otros apellidos son Suárez y Vargas. Crecí en la opulencia. Nuestra fortuna, hasta mis diez y seis años, era de dos millones y medio de dólares. Soy hijo único del segundo matrimonio de mi madre. A los ocho meses me llevaron á Nápoles; á los ocho años me volvieron á llevar á América. Mi primer idioma fué el italiano, y mi madre me enseñó el español; por eso ceceo como un andaluz y acciono como un napolitano. Mi padre es el hombre de mayor cultura y de más seguro talento que he conocido. Es un artista que no produce arte. Es un crítico. Fué mi maestro; me enseñó una oración en italiano al Angel de la Guarda; me nutrió de clásicos griegos, latinos, italianos, franceses y españoles. Es un hispanófilo ardiente. Me enseñó á cazar, á tirar á las armas, á ser leal, buen amigo y á querer. Mi padre fué y es mi Dios. Tolera todos mis caprichos, todas mis aficiones y satisfizo todos mis deseos. A los nueve años, jugando al toro en el colegio, se me despertó la afición taurina, y él me formó una biblioteca taurómaca completísima, para que me enterara á gusto. A los once años le puse el primer par de banderillas á un becerro en una corrida de aficionados, y él me aplaudía desde un tendido. A los doce años resultó que yo tenía una voz muy bonita y un oído muy seguro, y á mi casa llegó un maestro de música y todas las óperas y todos los tratados que se me antojaron. A esa misma edad me dió por escribir y entré de revistero de toros en un periódico. A todo esto, me ahogaba mi Lima chiquitita y con poco ambiente. Me escapé varias veces á los pueblos. A Chile. Quería volar y no sabía á dónde. Papá lloraba y me perdonaba siempre. Y así, estudiando en la Universidad la carrera de Filosofía y Letras, que terminé; la de Derecho... que se torció pronto, y yendo y viniendo, y matando toros, cantando zarzuelas y representando comedias, viví... viví dándome con toda el alma á todo y en todo momento... y por eso estoy viejo y estoy triste...

—¿Luego has sido torero?

—Torero, tenor, comediante y poeta.

—¿Cuál fué el primer disgusto de tu vida?

—Mira, no quiero callarte nada. Tenía diez y nueve años. Nuestra fortuna había venido á menos. Papá habíase marchado á Chile á trabajar en una salitrera. Mamá vivía, con una hija casada, el marido de ésta y sus nietos, en un caserío elegante—El Barranco—á once kilómetros de Lima, en un chalet que aún nos quedaba. Yo trabajaba en Lima; era cajista, revistero de toros y de teatros y poeta festivo en un mismo periódico. Iba á ver á los míos diariamente. Una tarde, al ir á tomar el tren, me encontré al médico de casa y me dijo que tenía el sarampión y que me metiera en la cama inmediatamente, sin tomar el tren. Lo hice así y escribí á mamá. Al día siguiente vino una criada y, desde la reja de la ventana, me hizo saber que mamá estaba enfadadísima conmigo, porque yo le había escrito teniendo el sarampión, sin pensar que la carta podía llevar el contagio á los hijos de mi hermanastras, sus nietos, que vivían con ella. Me proponía que fuera al hospital italiano á una sala de pago; pero yo preferí irme á casa de un amigo. Mamá me envió pollos para que me hicieran caldos y algún dinero para medicinas. Yo lo rechacé todo diciendo que sólo ansiaba cariño, y que ese lo tenía en casa de mi amigo. A los quince días, yendo por la calle, vi á mi madre que volvía de misa y corrí hacia ella con los brazos abiertos. Mamá me detuvo con el gesto, gritando: «No te acerques, estás en la seca; es la época peor.» Me quedé inmóvil en medio del arroyo y rompí á llorar como un loco. Ese fué el primer disgusto de mi vida. A los pocos días resolví marcharme á Europa y fui á despedirme de mamá. No pude retenerme, á pesar de sus lágrimas. Me arrodillé en el salón de mi casa y solicité su bendición; ella me la dió, me besó y perdió el sentido; pero yo había resuelto partir, y... parti. A bordo, al otro día, cuando el barco iba á zarpar, llegó un criado con una carta de mi madre y doscientas libras esterlinas. Tal vez la pobre empeñó sus alhajas para enviarle ese dinero. Yo no le guardo rencor á mi viejecita. Ella era muy devota; yo era por aquel entonces ateo y anarquista. ¡Pobre de mí! ¿Qué sabía yo? ¡Y pobre de ella! todos le decían que su hijo Felipe era «el enemigo malo». Llegué á Italia, y un día me encontré sin dinero; entonces canté ópera en Sicilia, corrí en bicicleta en Londres, canté para los fonógrafos en París. Empecé á saber lo que son unas botas rotas y una patrona enfadada. Me embriagué de sensualidad y de alcohol. Viví, lloré, sufri, gocé. A las tres cornadas, que dejaron huella en mi cuerpo, se unía la cicatriz de un balazo en la tetilla izquierda, que en riña me dieron en Italia. Rodé al suelo.

—¿Y cómo fué venir á España?

—Quería conocerla. Llegué á Barcelona. Vendí á un editor, en cincuenta duros, una novela —*Malos amores*— que había tejido con aventuras de mi vida é invenciones de mi fantasía, y cuando vi en *El Imparcial* un artículo hablando bien de mi libro, tomé el mixto, y en tercera, sin comer, sin gabán, con las botas rotas y un oído enfermo llegué á Madrid. Tenía en el bolsillo de mi pantalón treinta y cinco céntimos y era la Nochebuena de 1906. Pisé el suelo de la estación de Atocha y rompí á llorar de alegría. Mi corazón, que no me engaño nunca, me dijo que llegaba á mi tierra de adopción, á mi casa; y así era la verdad. ¡Así ha sido! ¡Ay, mi Madrid de mi alma!!

Al mismo tiempo que suspiraba largamente el notable escritor, miró al cielo, como si quisiera auparse y besarlo.

—Tú eres viudo, ¿no?

—Sí; verás. En 1913 fuí á Lima á casarme con la novia de mis diez y ocho años. Era de una familia distinguida, había sido muy firme esperándome y me casé; pero ya no estaba enamorado con pasión. El presidente de la República me mandó su coche de gala y mi boda fué un acontecimiento; al poco tiempo regresé á España con mi mujer. Y ella fué tan buena, me comprendió tanto, que al mes de haberme casado me había cogido por el corazón; la adoraba. Entre el Gobierno de mi país y algunos periódicos de Lima y Buenos Aires, me aseguraron mil quinientas pesetas mensuales y vine aquí sin tocar un céntimo del patrimonio de mi mujer, dispuesto á trabajar. Entré á formar parte de la Redacción de *Nuevo Mundo*. Fuí feliz unos meses. Pocos, muy pocos.

Calla Sassone; su gesto se ha entristecido; sus últimas palabras tiemblan de tristeza. No querría rememorar más; pero sigue:

—Estalló la guerra. De América me cortaron el envío de dinero. *Nuevo Mundo* cambió de propiedad; aún no éramos amigos tú y yo; aún no

conocía á Verdugo y me quedé fuera. A todo esto, mi mujer pasaba un embarazo terrible. La operaron; se agravó. Pasé tres meses sin quitarme el calzado, velando á mi pobrecita. Todas las tardes salía á buscar dinero como un loco. Me socorrieron mis amigos. Solicité colaboraciones inútilmente. Peregriné por los teatros con mis comedias debajo del brazo. Le leí dos á Escudero, que me había ayudado en otras ocasiones, y no le gustaron; le leí una á Federico Oliver y tampoco le gustó; le llevé otra á García Ortega y la tiró á un cajón sin leerla siquiera. Firmé letras, me empeñé, enlaquecí, enloquecí. Jacinto Benavente, que iba á ser padrino de mi hijo, iba todas las tardes, cuando yo no estaba, á acompañar á mi Amelia... y me dejaba un sobre con dinero sobre mi oratorio; gracias á Jacinto no nos morímos de hambre en casa. Pero nació el chico y á los veinte días mi Amelia se murió para siempre, toda pálida y más hermosa que nunca. Penella y su mujer me llevaron á su casa con el niño; pero el pobre hijito mío siguió á su madre antes de dos meses. Se llevaron mis muebles los acreedores. Penella se fué á América y yo me quedé en la calle sin más dinero que lo poquito que daba *El intérprete de Hamlet*, que el gran Morano me estrenó en Zaragoza.

—¿Cuándo?

—La misma noche que moría mi mujer. Enrique López Alarcón fundó *Gil Blas* y me llevó á la Redacción, me puso una cama allí, vivió conmigo, me llevaba á comer á casa de su madre; fué para mí un hermano.

Se detuvo para recordar.

—¡Ah! Sí. Se estrenó en Madrid *El intérprete*; fué un éxito. Arturo Serrano me ofreció su amistad y su teatro *Infanta Isabel*. Estrené allí *Lo que se llevan las horas, La princesa está triste, Los ausentes*. Fuí á Buenos Aires. Volví. En España estrené *A campo traviesa* y ahora *La señorita está loca*. Estoy en *El Figaro*; me han ayudado todos: público, críticos, amigos y... ya lo sabes... todo Madrid ha sido bueno para mí...

—Y libros publicados, ¿cuántos tienes?

—Unos quince, entre novelas, comedias y versos.

—¿Escribes con facilidad?

—Como hago, y lo mismo la prosa, el diálogo y el verso. Sé bien mi oficio.

—¿Entonces ya habrás ganado bastante dinero?

—Este año unos ocho mil duros; pero el 31 de Diciembre no tendré un cuarto, como ahora. No sé por qué.

—Eres un hombre de corazón muy sensible; se dice por ahí que estás enamorado otra vez de una...

Me detuve tapándome la boca.

—Calla; no digas su profesión ni su nombre. De una mujer. Es cierto. ¡Estoy enamorado con fiebre, con locura! Aquí en España están los ojos negros más bonitos del mundo.

—¿Cuál es tu aspiración suprema para el porvenir?

—Formar una compañía dramática y dirigirla en un teatro de Madrid. Ya ves, no aspiro á ser Kaiser ni presidente de una República. Sueño con una compañía teatral.

—¿Cuál ha sido el momento más feliz de tu vida?

—El día del banquete á Galdós, Unamuno y Cávica. Cuando, al levantarme á ofrecerlo, temblando de miedo, vi que no me tiraban ningún panecillo á la cabeza, me creí alguien.

—Y dime, Felipe: ¿Tienes confianza en tí para triunfar definitivamente?

Suspiró como un galán italiano, y...

—¡Qué se yo! ¡Lo que Dios quiera, lo que manden esos ojos negros! Lo mismo me pueden aplaudir por la calle que puedo acabar en un presidio. Y cuando me aburra esto; cuando el ruido de mi corazón me aturda y me desespere el tic-tac de este reloj que llevo en el pecho, le meto un pedazo de plomo dentro, lo paro para siempre y en paz. Pero quiero que sepan que soy bueno y que me quieran mucho. Quiero que me lloren, Pepe.

Habíamos llegado al Hipódromo. Comenzaba á grisear el día. Y en aquel momento, al recibir la luz macilenta del cielo poblado de nubes plomizas, nos sentímos transidos de frío, cansados, pálidos, sucios, débiles, nerviosos y tristes. Eramos dos hombres malos, que habíamos pasado la noche fuera del hogar. Y en silencio, alejados por el pueril recuerdo de nuestros lechos, emprendimos el regreso, sin hacer caso de la churrera ni del vendedor de periódicos.



La multitud londinense en "Picadilly Circus", uno de los sitios más frecuentados en Londres, entregándose á frenéticas manifestaciones de júbilo, al recibir la noticia de la petición de armisticio por Alemania

Dibujo de Matania

RUINAS HISTÓRICAS EL MONASTERIO DE LA MURTA

PRÓDIGA, muy pródiga es la provincia valenciana en espléndidos paisajes y en naturales galas, encanto de los artistas. Y uno de los más sobresalientes es el valle de la «Murta», en término de Alcira, sombreado por los montes de Corbera, coronados en sus cumbres de rocosos precipicios y alfombrados en sus faldas por aterciopelada vegetación de pinares y matorralles.

Para apreciar bien lo maravilloso de este rincón, hay que contemplarlo desde lo alto: hay que subir por la senda llamada del «Pobre» y llegar, con sus rodeos, al pico «Cruz del Cardenal», extasiarse contemplando el panorama que se divisa desde las «Orejas del Asno» y penetrar luego por las intrincadas espesuras de los bosques y de los barrancos. Hay que seguir más arriba, hacia Corbera, y llegar á la bellísima rugosidad orográfica, de exuberante vegetación, que los naturales denominan la «Pataada del rey Don Jaime». Y, retrocediendo, elevarse sobre las caprichosas rocas, con restos de un fortín y cueva artificial, que lleva la denominación del mismo rey conquistador. Desde allí se contemplan bien las ruinas del histórico monasterio de este valle. Y si el curioso turista no está aún fatigado y sus fuerzas físicas no le traicionan, suba, suba á la cumbre, que dará por pagado su esfuerzo con la inenarrable emoción de contemplar un panorama grandioso, nunca imaginado, y que en moderna publicación (1) se describe en los siguientes términos: «La vista que se disfruta desde lo alto de la Murta es de las más soberbias de Europa. Por debajo, por cualquier lado que se mire, no se ven más que bosques de naranjos, huertas con miles de mo-

reras y buen número de palmeras; todo ello salpicado de innumerales casas de campo. El río Júcar forma una gran curva. Se ve desde allí Alberique, Alcudia, Carlet, Alginet, Algemesí, Sollana, Sueca, Cullera y otros muchos pueblos.»

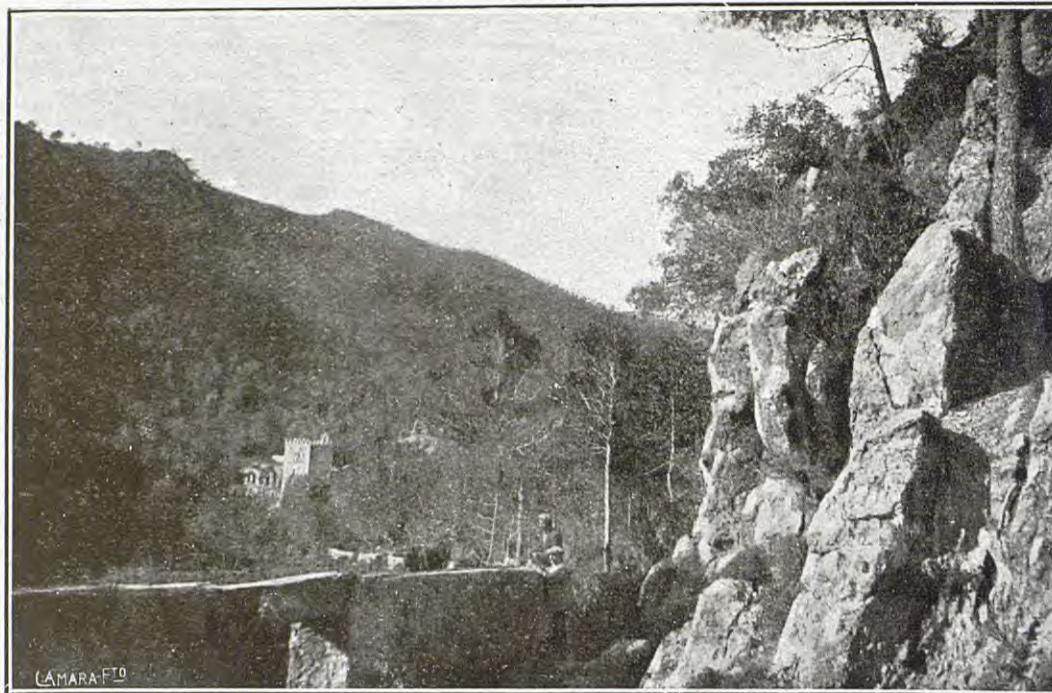
Para visitar el ex monasterio de la Murta, distante siete kilómetros, puede irse en carroaje por la carretera de Corbera y Cullera, fondeando por la derecha el monte y dejando á la izquierda el valle inmenso, cuyos naranjales pertenecen al Júcar. Siguiense luego los rodeos de un mal camino, que entre secanos se interna en el valle llamado antes de Miralles y luego de la Murta (á causa de los muchos mirtos que allí había al tiempo de encontrarse la imagen de la Virgen). La hondonada es una espesura de aromática pinada que remonta las cuestas y cercada de altos montes por doquier, salvo la garganta de Poniente y única entrada. El lugar es delicioso. Antes de llegar, y á mano derecha, un zócalo y pedestal de piedra nos recuerda la existencia de una cruz de término; y medio ocultos en

la espesura, quedan en pie los muros descarnados de una, al parecer, ermita, libre de techumbre. Se llega, al fin, al puente de Felipe II, revestido de fresca hierba, cuyas bambalinas mece el viento sobre el fondo de un barranco. Unas ruinas se interponen casi de improviso, deteniendo la marcha del visitante. ¿Son de un castillo? ¿De un palacio? ¿De un cenobio? Una lápida de mármol resuelve la duda: «Este antiguo monasterio de Jerónimos—dice textualmente—se fundó en 1357 por Arnau de Serra; fué su protector el embajador Vich, quien yace aquí. Moraron en él San Vicente Ferrer y el Beato Juan de Ribera. En 1588 fué visitado por el rey Felipe II. La primitiva fundación la hizo en el siglo vi San Donato, enterrado en

este valle.» Esta inscripción, con alguna poco meditada aseveración, la mandaron colocar los dueños de la finca, los cuales, aprovechando la reedificada ermita de Santa Marta para oratorio, la hospedería del convento de 1756 y sus alrededores, han edificado coquetona quinta, con lago y jardín, junto á las ruinas del monasterio.

Un centenario algarrobo da sombra á la puerta de las ruinas, junto al puente del barranco. Milagrosamente se sostienen en ella, ya desencajadas, las dovelas y pétreas molduras de la portada del templo, ya derrumbadas en parte sobre el suelo. En ella se conserva clara esta inscripción latina: «*Quentilitas insanguine meo. Dum descendo in corruptionem.*» No sin reparo se penetra en la mansión desolada, que algún día fué rico templo con ocho altares, ya desaparecidos, y en cuyo principal se veneraba á la Virgen de la Murta. Las paredes desnudas y los arcos sin bóveda sirven de campo á la hiedra que los invade como ave de rapiña que se apodera de un cadáver. Torres almenadas, con la

(1) *Guía de Valencia y su región.* Valencia, 1910.



El valle de la Murta



Puente del Rey Felipe, en el monasterio de la Murta



Bellísimo aspecto que ofrece el lago de la Murta

droneras y guardapuertas, siguen pregonando la grandeza y poderío de aquella casa monacal; una de ellas, la de Poniente, que servía de reclusión á los religiosos, ya se desmorona y agrieta, anunciendo su próximo derrumbamiento. José Barber Calatayud adquirió como de bienes nacionales este monasterio, y en pocos años quedó todo destrozado y reducido á escombros. La Naturaleza, más cariñosa que el hombre, quiso encubrir su incultura tiendiendo una aromática y florida vegetación sobre las solitarias ruinas para poetizar su amargura, y los pájaros que anidan en la espesura dedicanles sus gorjeos.

Estos débiles vestigios, descarnados de todo ornato arquitectónico, difícilmente podrán hacer reconstituir en nuestra mente lo que fué este monasterio, y forzosamente hemos de recurrir á los empolvados pergaminos de los archivos, para recopilar, y no sin lunares, algunos datos históricos. Como siempre, los angustiosos espacios de que disponemos nos obligan á ser parcos.

En Santa Catalina de Alcira, la comunidad del convento guarda, como testimonios del viejo monasterio, la imagen de la Virgen de la Murta y algunos ornamentos (1).

Gratuita es la afirmación de antiguos autores y reflejada en la moderna lápida antes transcrita, de que en el siglo vi fundó en este valle un monasterio San Donato, á su regreso de Africa (cuya gloria se disputa también, para sí, Aguas Vivas). La crítica histórica no se satisface con vulgares tradiciones, por piadosas que sean. Aun admitiendo la violencia de leer en San Ildefonso «setabitanos» en vez de «servitano», los alrededores de Sétabis (Játiva) son muy extensos para concretar el pretendido monasterio aquí en la Murta. Lo comprobado es que en el siglo xiv, unos caballeros de la Corte del rey Pedro, que había sido asesinado en Montiel, y otros príncipes (F. Yáñez, P. Fernández Pecho, Luiji Romano, etc.), se hicieron ermitaños en este retirado lugar, y en la bula *Dilecti filii*, dada en Aviñón á 1375, se les autorizó para vivir solitarios, según la regla de San Jerónimo, obligándose á vivir pobemente en chozas aisladas y en estrechísima disciplina de penitencia. Este fué el origen del monasterio do se enterraron, en vivientes sepulcros, nobles y guérberos, linajudas damas (doña Beatriz de Vilaregui) y hermosísimas jóvenes (Na Violant de Alcira). En el siguiente año de la bula pontificia, el obispo Jaime de Valencia cedió al ermitaño Pedro el usufructo de algunas tierras del valle y reparto amigable del monasterio de Cotalba. Y aquella pobre comunidad de seis anacoretas, fué mirada con simpatía.

(1) La preciosa biblioteca se perdió lastimadamente; muchos cuadros también, pero pudieron salvarse algunos de ellos: treinta y un interesantes retratos pintados por Ribalta y que figuran en la Sección de Iconografía del Museo de Valencia, á instancias del patrón Francisco Javier Borrull Vilanova; tres grandes cuadros de Sebastián del Piombo, representando á Jesús triunfante abrazado á la Cruz después de resucitado; Jesús con la cruz á cuestas y los apóstoles, y Jesús en el limbo, figuran en la pinacoteca del Real Palacio de Madrid; cuadros de P. Bril, Ribalta, Orrente, Bassano, A. del Sarto, el divino Morales y otros grandes maestros, se perdieron lamentablemente; eran del legado del embajador Vich, quien los relató en su testamento. (T. Llorente se ocupó de ellos.)



Vista general del ex monasterio de la Murta

tía por monarcas y magnates, que la prodigaron sus privilegios y riquezas, y llegó á ser opulenta, prestigiosa y grande. Paulo II les autorizó para absolver toda clase de pecados; Don Martín (1406) les exime de gabelas; Pedro IV (1410) multa con 200 florines á quien moleste á estos religiosos; Alfonso III de Valencia (IV de Aragón), el rey Don Juan, el papa Benedicto XIII, Fernando el Católico, los Felipes II, III y IV y otros monarcas, concédenles privilegios para amortizar, adquirir, poseer riquezas y bienes y eximirse de cargas y gravámenes.

Y el monasterio crece y se engrandece. Y la fortuna le cubre con su benéfico manto, trayéndole, en 1530, al virrey de Mallorca, don Luis Vich y Manrique, hijo del embajador, que, hu-

yendo de la peste que invadió á Valencia, quiso refugiarse en la Murta (nació en esta hospedería su hijo Juan, que luego fué arzobispo de Tarragona); aquí dejó regalos de alhajas de un valor incalculable (1). El arzobispo quiso ser enterrado aquí, donde había nacido. Otro Vich (don Diego), señor de Llaurí, paje de Felipe II y guardajoyas de Felipe III, renunció al lujo cortesano y se retiró aquí como monje; aquí trajo sus numerosas riquezas artísticas, que valían más de 216.000 libras, y sus fincas, que legó al monasterio, muriendo en Valencia en 1657. Fué un prócer muy ilustrado, que dejó escritas varias obras, siendo enterrado, según propia disposición testamentaria, al pie del altar mayor de la iglesia del monasterio. A este protector monje se debió la campana mayor de la torre (2); veinte lienzos de los mejores pintores italianos y españoles de su época y veintisiete retratos de Ribalta, que adornaban los claustros, biblioteca y dependencias del cenobio; las obras de reforma del convento, varias fincas, etc. Además, adquirió el convento un retablo cuatrocienista, una Verónica, regalo del embajador para la capilla de los Vich, y un retablo de alabastro representando el Bautismo, y que hizo traer de Italia el mismo señor; sus muebles, censos, fincas rústicas y urbanas, rentas y cuantiosos bienes de todas clases. Hemos leído la relación de ornamentos sacerdotales de seda y oro y el inventario de alhajas de oro, plata y pedrería para el culto, capas de la Virgen, relicarios, viriles, cáliz, cruces, candelabros, arquillas y otros objetos, y llena infinitud de folios. Todas aquellas enormes riquezas, acumuladas por quienes hicieron voto de pobreza; toda aquella opulencia y poderío de los que comenzaron siendo humildísimos anacoretas, se deshizo como el humo, y para recuerdo quedan los agrietados torreones, las desmoronadas ruinas de la Murta, en los solitarios montes de Corbera. La fuente, siempre viva, fresca e inagotable, aun sigue derivando sus transparentes aguas por los restos de antiquísimo acueducto, cantando con su murmullo un himno á las poéticas ruinas de la Murta (3).

CARLOS SARTHOU C.

FOTOGRAFÍAS DEL AUTOR

(1) Entre ellas una cruz de diamantes, que fué del papa León X, y que tenía un brillante de extraordinario tamaño.

(2) Pesaba 27 arrobas y costó 211 libras. (Lejano pergamo, letra F, del archivo de Hacienda.)

(3) En 7 de Marzo de 1897 recibió este valle de los Milagros (Miracles y por corrupción Miralles), la visita del Centro excursionista «Lo Rat-Penat», cuyo presidente publicó en la Prensa una crónica, que ninguna novedad vino á aportar á lo ya conocido. En 1914, el alcirense D. Francisco Almán desenterró de entre unas piedras que lo ocultaban, en una cueva del valle de la Murta, una rareza bibliográfica, robada, sin duda, del monasterio próximo: *Instrucción política y judicial*, compuesta por el doctor Alonso de Villadiego, impresa en Madrid en el año 1720. A instancias del cronista provincial, fué cedido el interesante tomo á la biblioteca del Colegio de Abogados de Valencia. Fueron monjes distinguidos de la Murta: fray Gilaberto Martín, obispo de Segorbe; fray Pantoya, prior primero y luego obispo de Coria; fray Jerónimo Corella, obispo de las Honduras; fray Juan de San Esteban, arzobispo de Brediz; fray Vicente de Montalbán, general de la Orden, y una pléyade numerosa de varones que murieron en olor de santidad.



Interior de la iglesia monacal de la Murta



LA MOSCA SE VA

Todo el que quiere dedicar una frase á la entrada del otoño, echa mano de las golondrinas ó de las hojas de los árboles, y dice con cierta solemnidad poética: «¡Ya caen las hojas! ¡Ya se van las golondrinas!»

Inmediatamente, es muy recomendable sentarse ante un piano y ejecutar algo de Haydn ó del sublime sordo, con los ojos puestos en la cornucopia, que, por lo general, preside este instrumento en las casas modestas.

Por este sencillo medio se evoca, en una emocionante *reverie*, la grandiosa melancolía de los atardeceres otoñales, la commovedora *deshabillé* á que se entrega la Naturaleza, el éxodo de las aves nómadas, el viento brutal y frío, la muerte prematura de los días, las canciones de Borodín, los trajes interiores de lana... Y muchas cosas más.

¡Pero nadie se ha acordado nunca de la mosca! De la hermana mosca, que diría el seráfico San Francisco de Asís.

Vamos á ver, ¿Qué trabajo les cuesta á ustedes, señores filósofos de entretiempo, al recapacitar ante el cadáver del florido estío, como el duque de Gandía ante el cadáver de su amada, acerca del carácter transitorio de todas las cosas de sobre la haz de la tierra y lo efímero de la felicidad, la belleza y el bien; qué trabajo les cuesta, repito, dedicar un pensamiento, ya sea ajado, á la señorita mosca?

La señorita mosca es tan volátil como la golondrina, se va al mismo tiempo que ésta, y, sobre todo, no «hace que se va y vuelve», sino que se va definitivamente... á las ilimitadas regiones de la eternidad.

La señorita mosca muere ante nosotros, en nuestra propia casa, obscuramente, en medio de nuestra indiferencia acerba.

A veces muere en el flexible de la luz que cae sobre nuestra mesa de trabajo, como una funámbula sorprendida por la Intrusa á la mitad de un ejercicio. Nosotros, ni siquiera nos damos cuenta de esta tragedia, hasta que se nos va una idea y alzamos la vista y tropezamos con su cadáver...

Aquella señorita mosca, grácil y tornadiza días antes, como cualquier hembra humana, ha nacido y vivido bajo el techo de nuestro hogar, ha revoloteado en nuestro derredor, ha participado de nuestros alimentos y hasta nos ha molestado bastante, para que nada faltara á su similitud con la mujer.

Aquella señorita mosca, al empezar Septiembre, ha empezado á padecer de los tumorcitos que la han llevado á su triste fin. Y nosotros no la hemos dirigido una sola frase de consuelo, ni procurado el menor emoliente.

Aquella señorita mosca, cuyo cadáver pende del flexible, tal que el cadáver de un combatiente proyectado por la metralla sobre un árbol, será arrancada de allí por el plumero implacable de nuestra fámina, quien por todo responso entonará *La canción del olvido*.

Pongamos por comentario lírico.

Cuatro gotas de humorismo



¡Providencial reproche á nuestra versatilidad para con la finada!

Descansa en paz, humilde mosca, que te vas para siempre, y no te extrañe la frialdad con que los hombres te despiden.

Es que viene el invierno...

PERIODISMO BENEFICENTE

Un veterano de la lucha periodística, Felipe Sánchez Calvo, lanzó, no hace mucho, la idea de fundar comedores para la clase media. Esta idea se está cociendo, como corresponde á uno de sus principios. En lo que pudiera llamarse su primer hervor, obtuvo un éxito que para sí lo quisiera Arniches, ese autor más aplaudido que un sereno. Surgieron en su pro ofrecimientos de toda índole, y parece que la cosa ha entrado en las acreditadas vías de hecho.

El invierno que viene, las clases medias ten-

medores, de un redactor de *El Imparcial*, con la política hidráulica de su antiguo director, el señor Gasset—, otro gallo os cacarearía, incorregibles sucesores del licenciado Cabra.

UN HOMBRE INTEGRITO

Mi portero es un viejo federal de los que mueren como la vieja guardia napoleónica, pero no se rinden, ó por decirlo mejor, no claudican.

Mi portero se sabe á Pí de pe á pa.

Mi portero dice que no cambia de profesión ni de ideas por nada de este mundo, y que será toda su vida portero federal, así como su mujer, que pertenece al grupo femenino demócrata y que es lavandera, será siempre lavandera federal. No dice si con asta ó sin ella.

Mi portero tiene un empeño especial en demostrar á todo vecino é hijo de vecino, que él es un hombre íntegro.

Para corroborarlo, cuenta anécdotas de su contumacia.

—Muchacho—relata— que le dijo una vez su capitán, siendo soldado de Caballería—, te he elegido para que seas de los del *carroussel*.

—Y eso ¿qué es, mi capitán?

—Pues nada, que tienes que evolucionar.

—¡Eso, nunca!... ¡Que me den cuatro tiros, que yo no evoluciono!

En otra ocasión, cuando sobrevino la República, le dieron una plaza de telegrafista, y dice que no la aceptó al enterarse de que tenía que «hacer guardias». ¡Un agitador como él!

Indiscutiblemente, mi portero es un hombre íntegro.

UNA PEQUEÑA OBSERVACIÓN

Los hombres que se sientan en los bancos de los jardines públicos, tienen un aspecto fatigoso, laxo; pero no de hombres cansados, sino de hombres abrumados, entorpecidos por el descanso mismo.

Sus ojos tienen la mirada tranquila de un espíritu espectador. Sus brazos cuelgan como unas cosas que se hubieran puesto á secar sobre los hombros.

Parece que el ideal de estos hombres es la inercia, la contemplación, el marasmo...

Pero, á lo mejor, estos hombres, que se dijeron colocados al margen de las corrientes de la vida, han sido pujantes luchadores, han tenido empleos extravagantes y cuentan con una voz dulce, serena y humilde, cosas extraordinarias, costumbres de lejanos países...

La vida es muy bruta. A veces da unos coletazos terribles y, zas, zas, estropea varios hombres magníficos.

Estos hombres contusos de la vida, son los que se sientan en los bancos de los jardines públicos.

Así, se anticipan el eterno descanso.

FERNANDO LUQUE

DIBUJOS DE ROBLEDO



LAMARAS '19



Mi perro Alí



Alí, yo he visto en tus humildes ojos
dos chispas de extravío.
Te he llamado y has huido tras los tojos
sordo por vez primera al grito mío;
y en la noche estival
llena de efluvios y de viento,
he sentido entre sueños tu lamento
sin sospechar tu mal.
¿Qué destino fatal
va á trocar tu filial
mansedumbre en fiereza?
¿Por qué esquivas
mis caricias que siempre te halagaron?
¿Por qué dominan hoy en tu cabeza
no las violetas vivas
de tu mirar, no la nariz vibrante,
sino la espumeante
boca en que veo, también por vez primera,
fulgir tus dientes ásperos de fiera?

Alí, mi pobre Alí, ya estás marcado
por la Muerte; no habrá piedad contigo.
La dolencia funesta te ha trocado
en mortal enemigo.

Tu saliva
es ponzoñosa; quieres carne viva
para saciar con ella hambres extrañas,
y el sediento volcán de tus entrañas
ansia tanta sangre, que detestas
el agua fina, calmadora y clara
en que, bajo la fuente,
durante el sopor lento de las siestas
contemplabas tu cara
mientras bebias placenteramente.

Y hoy me miras y no me reconoces;
hasta las voces de mis hijos, voces
jamás por tu ternura desoídas,
son para tu furor un acicate,
y cual si te retasen á combate
les enseñas las garras homicidas.

Ha sonado tu hora... Yo quisiera
poseer el conjuro
que matase no más la horrenda fiera
que se ha metido en ti. Sujeto al muro
con la lengua abrasada,
la pupila inflamada,
los músculos inquietos,
abolido el amor y los respetos
que antes fueron tus normas, la musgosa
tierra te veo escarbar. Cavas tu fosa.

Y alzo la mano en ademán resuelto
y me abalanzo con el mirar vuelto,
mas me falta el valor... y á un criado digo:
«Toma tú el arma, amigo,
pero no tires en seguida, acaba
tu labor; matarás ya que eres fuerte.
Cuando todos durmamos
el sueño que antes él nos vigilaba,
acércate y, en nombre de sus amos,
dale la paz, dale la muerte...»

Yo no podré dormir, Alí... Tu drama
tan común y tan triste,
me hará dura la cama.
Recordaré la vida que viviste
junto á mí, tu adhesión,

tu vehemencia
para querer, tu calma
para aguantar... Tu humano corazón,
tu turbia inteligencia,
tu inegable alma.
Y pensaré que ese furor malvado
que hoy te arrebata, Alí, como á otros antes,
en tu raza sumisa se ha formado
con el rencor no usado,
por cada hermano maltratado,
por las palabras duras,
los engaños crueles,
la ingratitud, la incomprensión, las fieles
caricias rechazadas,
los injustos castigos,
las lecciones negadas,
las despectivas manotadas...
las arteras pedradas;
y sobre todo, amigos
incansables del hombre, por premiar
con tan duro desdén el trabajoso
afán de adivinar
el obscuro pensar
de un dueño caprichoso y poderoso.

Y así pasará el tiempo... Será vano
que el criado tire con segura mano
sobre tu pobre sér, que tus aullidos
formen apenas un rumor lejano.
¡Todo mi corazón va á ser oídos!

A. HERNÁNDEZ CATÁ

DIBUJO DE RIBAS



Sobre el hielo y la nieve

Y a son remotas las jornadas veraniegas de libertad: aquellas jornadas al correr de las cuales fuimos en el viento y sobre el mar, camino de los grandes horizontes...

Ha dado fin nuestra existencia de aventura y fantasía. Con el invierno hemos tornado á la vida de casa y de ciudad... Madrid, París ó Londres, nos retienen cautivos en redes que lo son de inquieto placer ó de febril labor, y así nos arrastramos de nuevo entre angosturas y sombras, puesta la nostalgia del recuerdo en los espacios y en las claridades que surcó nuestro vuelo.

Sobre el lodo, y en el cierto, el hormiguero humano se agita, y esclavo de su desventura se inclina bajo la maldición de Jehová... Hemos vuelto á la contienda ciudadana; al ruin batallar de las ambiciones; al sutil arrastrarse de los maquiavelismos; á la humillación y al dolor de no hacer lo que queremos, de no decir lo que pensamos, de no vivir para aquello que amamos... Y si aun guardamos, en juventud ó como reliquia de juventud, bondad en el corazón y videncia en el espíritu, hágese que volvemos á la lucha desarmados y que subimos al tinglado de la farsa sin disfraz y sin afeite... ¡Ay de nosotros!

Vida, triste vida, tanto más bella cuanto más lejana y quintaesenciada y sola, ¿por qué renunciaste á las jornadas de albedrío para tornar á la ciudadana esclavitud de París, de Madrid ó de Londres?... ¿Por qué dejaste de ser vilano en el viento para ser hormiga sobre el fango?

ooo

Pero aun queda una esperanza de liberación, allá en la altura... Pronto se vestirán de nieve las cumbres de gloria y maravilla: Guadarrama, Gredos, Picos de Europa... Y quién sabe!... Acabada la guerra, quizá volvamos á encontrar franceses los caminos de Suiza y de Noruega; de Chamonix, de Engelberg y de Saint Morice; de Gjeilo, de Tonsaasen y de Holmenkollen; volveremos á los países mágicos—al de los lagos ó al de los fjords—sumándonos al grupo cosmopolita de elegi-

dos que renuncian temporalmente al mundo, á sus pompas y á sus vanidades, y se dedican al patinaje, al ski ó al bobsleigh, para fatigarse el cuerpo de tal modo que pueda el espíritu olvidar y descansar en la paz sagrada y maternal de la gran Naturaleza...

¿Habéis patinado sobre el hielo? Acaso no... Intentadlo, entonces... Caeréis... Os pondrán, de nuevo, en pie... En torno vuestro los compañeros reirán y con ellos reiréis vuestra pequeña desventura... Proseguiréis, estoicos, vuestro aprendizaje hasta encontrar el secreto del equilibrio y, á renglón seguido, el del movimiento... Maravillados, resbalaréis sin tener con el suelo otro contacto que no sea la estela señalada por la cuchilla del patín... Surcaréis el aire sin que nada os detenga ni recuerde la imperfección ó la dificultad de vuestros movimientos... Vuestro sensación será la de un vuelo...

Un erudito del deporte os dirá algo de la historia del patín... Se patinó desde tiempos remotos en San Petersburgo, sobre el hielo del Neva... Manejar los patines con maestría fué siempre en Escocia tradición hidalga, tan rigurosa como lo fuera en España la esgrima de la espada... María Antonieta, la reina de los tristes destinos, hubo de ser gran patinadora, y aun subsiste la memoria de sus fiestas deportivas y cortesanas sobre los estanques helados de Versalles... Fueron verdaderos maníacos del patín Klopstock, Dernet y Lamartine.

Pero el gran pontífice de este deporte fué Goethe, quien patinaba mañana y tarde, obstinado y incansable; y en las noches de luna, solo y enigmático, seguía patinando hasta el alba... En las

memorias del gran alemán

nos un elogio

del patín; elogio que puede servir de base para una psicología deportiva y trascendental. Dice así:

«—Este placer y esta pasión



El rey Haakon y la reina Maud, de Noruega, patinando con "skis".

de resbalar en vértigo; este abandono á un movimiento rápido, desprovisto de todo objeto y de todo esfuerzo, despertó en mí un gran afán de ideal que antes me fuera desconocido... Y á estas horas consagradas al *sport*, y al parecer perdidas, debo la más pronta y fácil realización de mis proyectos poéticos...»

También os dirá el erudito que no todo cuanto se dice acerca del arte de patinar es cierto. Así, por ejemplo, Larousse, en su *Diccionario Universal*, afirma lo siguiente: «En Madrid — dice — se patina mucho, y en el Retiro se reúnen las familias de la nobleza y de la burguesía con tal objeto. Los *sportmen* españoles patinan con mucho arte y lo hacen *al son de las castañuelas nacionales*. Las damas concurren á estas fiestas *vestidas con una falda corta y con un pantalón á cuadros* y tocadas con un sombrero de castor adornado con plumas.» ¡Oh, qué alarde de imaginación francesa!...

De las pistas del patín pasaréis á las de la *luge* y á la del *bobsleigh*, é iréis como un alud sobre las vertientes y los valles, en medio de un torbellino de nieve y en un estruendo de catarrata... Pero vuestras gran-

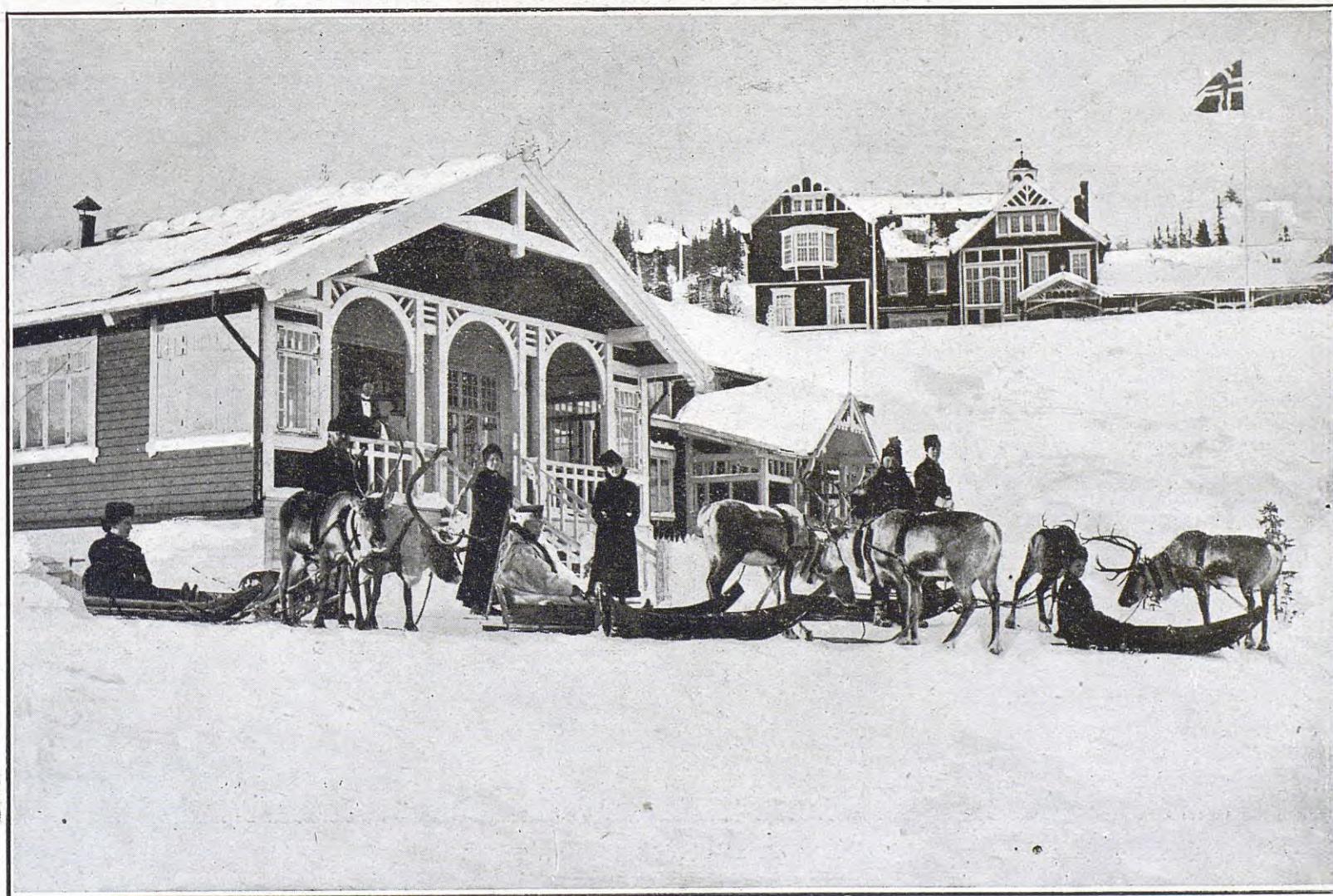


El paseo de los niños sobre la nieve

des jornadas serán las del *skis*... Uniréis á vuestros pies los largos, estrechos y leves patines de madera. Empuñaréis los bastones de bambú provistos de rodillas... Ante vosotros se tenderá la vertiente nevada y lisa... Resbalaréis sobre ella... Cruzaréis planicies, ríos helados, bosques silenciosos... Iréis bajo las frondas inverosímiles y fantásticas de una flora espectral. Ascenderéis hacia la cumbre en busca de una choza montaraz... En la gran quietud del pequeño albergue descansaréis, en tanto que las nieblas rastreñas comenzarán á tenderse sobre el valle, trocando la cumbre en isla... Entre vosotros y el mundo, la poesía y el silencio, y vosotros arriba, en la cima gloriosa, y el mundo abajo, en las tinieblas del valle...

Parva domus, magna quies!... Ante el umbral del pequeño albergue de la gran quietud vuestros ojos se acostumbrarán á una luz y á un horizonte de infinito, y por contraste se reducirán en vuestra alma las pasiones y los dolores... Vuestro espíritu contemplará la visión de ideal que en las noches de luna enamoraba á Goethe...

Antonio G. DE LINARES



Un alto de la caravana de turistas, con sus trineos tirados por renos, en una estación invernal de Noruega

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



FACHADA DE LA UNIVERSIDAD DE OÑATE

FOT. CAMPÚA

La Universidad de Oñate fué fundada por la ilustración y generosa piedad del obispo de Ávila, D. Rodrigo Sánchez de Mercado y Zuazola. En su Colegio cursaron el historiador Garibay y otras personas eminentes. Trazada y ejecutada la obra por el arquitecto francés Pedro Picard, forma un cuadro perfecto. En su fachada, de piedra arenis-

ca, se descubren varios cuerpos de orden corintio y compuesto, unos sobre otros, con abundancia de nichos y estatuas aisladas de piedra; sobre la portada, una que representa al fundador orando de rodillas, y encima las armas imperiales. Llaman la atención las figuras de medio relieve, con mucho gusto ejecutadas.

EL DESEADO

PERSONAJES DE ESTE POEMA:

Ella. — El padre. — Virtudinas.
Por el camino, El Deseado.

Es un interior. Cae la tarde lentamente y el día se va desvaneciendo como el eco de una canta-
ga sentimental y nostálgica. En la ventana re-
flejase la claridad pálida y violeta del atardecer. Hay una tristeza infinita en esta hora.

ELLA está tras la ven-
tana, sentada en un sillón
frailero. Mismo parece
una princesa de cuento
fabuloso. Tiene en el
rostro, de una rara be-
lleza, las rosas de la
juventud. En sus pupi-
tas, llenas de intenso
negro, hay una gran
melancolía. Está enfer-
ma de un mal incurable
y exquisito... EL PADRE
está á su lado. Es un
caballero alto y amarillo,
vestido de luto por
sus cuatro hijas, que se
fueron muriendo poco á
poco, cuando moría la
tarde...

ELLA. — Padre, ¿no ves
con qué tristeza cantan
aquellos aldeanos que vi-
nen allá lejos?

EL PADRE. — No es de
tristeza el cantar. Lo que
crees tristeza, es en ellos
contento. ¿Quién no canta
para alegrar su camino?
Los caminos son tan lar-
gos, si no llevamos un can-
tar en los labios ó la ale-
gría de un cantar en nues-
tro corazón!..

ELLA. — Padre, iyo no
puedo cantar! Ni como los
ruiseñores, que lloran su
pena cuando cantan...

(En EL PADRE hay una
gran emoción de dulcedum-
bre paternal. Con la mano,
larga y esquelética, acaricia
la cabeza de áureos
cabellos fulvos de la hija
enferma, que suspira y
mira pensativa la lejanía
del crepúsculo.)

EL PADRE. — ¿Para qué
cantar como los ruiseñores,
que ponen sus tristezas
en el cantar? Además,
tú no tienes tristezas. Esta
hora contagiosa es la que
nos hace adivinarlas. Voy
á encender la lámpara.

ELLA. — Déjala así, pa-
dre. Es nada más que un
momento lo que dura el
atardecer...

(Quedan en silencio.)

Mira, padre, ¡mira cómo
amarillean los trigos ma-
duros! Tienen la color de
los rostros de los difun-
tos... ¡Yo he visto un di-
funto!

(Su voz se yergue en el
silencio con una angustia
histérica.)

¿Te acuerdas de aquel muchacho que iba por
nuestra casa? Tenía la elegancia de los pinos
jóvenes y había en su palabra como una aristoc-
racia espiritual que cautivaba. Su cara era como
de rosas blancas y rosadas. Después, gustaba
de perfumarse de rosas... ¡Pobre muchacho! Un
día Virtudinas me llevó á verlo. Yo no lo sa-
bía, pero había muerto de una fiebre extraña.
El clavel rojo de sus labios se había trans-
formado en un manojo de violetas. ¡Y estaba tan
amarillo! Así como los trigos maduros con esta
luz...

EL PADRE. — ¿Para qué recordar las cosas más
tristes? Para que nuestra vida sea un perpetuo
optimismo, seamos optimistas, pensemos en el

futuro luminoso, porque el pasado sólo tiene la
poesía de las cosas muertas.

ELLA. — ¡Pobre muchacho!

(ELLA sigue pensando en aquel que tenía la
elegancia de los pinos jóvenes. Y hay un nuevo
silencio.)

Padre, mira qué triste aquel camino lejano.
¡Nadie camina por él!

EL PADRE. — Siempre están solos los caminos

(Por la lejanía aparece un caballero en un
caballo blanco. Trae en los labios un cantar
triumfal. Los arreos del caballo, que son de oro,
resplandecen.)

¡Quién sabe!...

EL PADRE. — ¿Ves? Por allá viene un caballero.

ELLA. — ¡Quién sabe! Puede ser el Deseado,
que llega, ó un caminante aventurero que no se
ha de parar ante nuestra puerta. ¡Si fuese el

Deseado! Hay en mí un
extraño presentimiento,
padre, ¿Quieres bajar al
jardín por un ramo de
rosas?

(Entra VIRTUDINAS, una
vieja criada, flaca y arru-
gada, que tiene unos clara-
ros ojos picarescos.)

VIRTUDINAS. — ¿Qué dice
mi señorita? ¿Bajo yo
por las rosas al jardín?

EL PADRE. — No, no, Vir-
tudinas. Acompáñala
mientras vuelve.

(EL PADRE sale, y VIRTU-
DINAS siéntase á los pies de
ELLA, y, mientras hace cal-
ceta, dice esta prosa):

VIRTUDINAS. — Mi señorita,
¿y vosté non sabe
cuentos de princesas y
galanes donceles? Escuete
aquele:

Pues le era una princi-
sa guapa como la Virgen
del Niño, que estaba es-
perando, esperando por
el que había de venir...
Pero él llegó tan tarde,
que ya la encontró cuando
estaba muriendo... Y ya
sólo la pudo besar en los
labios...

(EL PADRE entra. Trae
en las manos un gran bra-
zado de rosas rojas y
blancas. ELLA, regocijada
ingenuamente, las coge
con sus manos finas y pál-
idas y las besa muchas
veces.)

ELLA. — ¡Ya llega! ¡Ya
llega!

(Hay en su rostro an-
gélico un gesto de ilumi-
nada.)

¡Es el caballero Amor!
¡Mi alma es suya! ¡Tiene
el rostro bello como el
Alba! ¡Oh, el Deseado ya
llega!

(Cae desfallecida. Sobre
su seno están las rosas
fragantes.)

VIRTUDINAS. — ¡Mal po-
cada!

ELLA (despierta y mira
al padre). — ¡Mi padre!

(EL PADRE la besa y la
abraza fuertemente, como
si quisiera darle vida. Poco
después, suenan los golpes
secos del aldabón en la
puerta.)

VIRTUDINAS. — ¡Ay, que
se muere mi señorita!

(ELLA se estremece, y
poco á poco va quedan-
do fría. Tiene un traje blanco y parece vestida de
nupcias. Las rosas le dan un prestigio de juventud.
EL PADRE llora y la besa. VIRTUDINAS, reza.
Se hace de noche.)

EL DESEADO (en la puerta). — ¡Quién sabe si he
llegado tarde ó aun no he llegado!

(Hay un cantar en la tarde, que se prolonga
infinitamente, con trémolos melancólicos...)

PORQUE EL AMOR PASA SIEMPRE CUANDO TENEMOS
NUESTRA PUERTA CERRADA, DESPUÉS DE HABER ESTADO
ESPERANDO Y DESPUÉS DE APAGAR NUESTRA LÁMPARA...

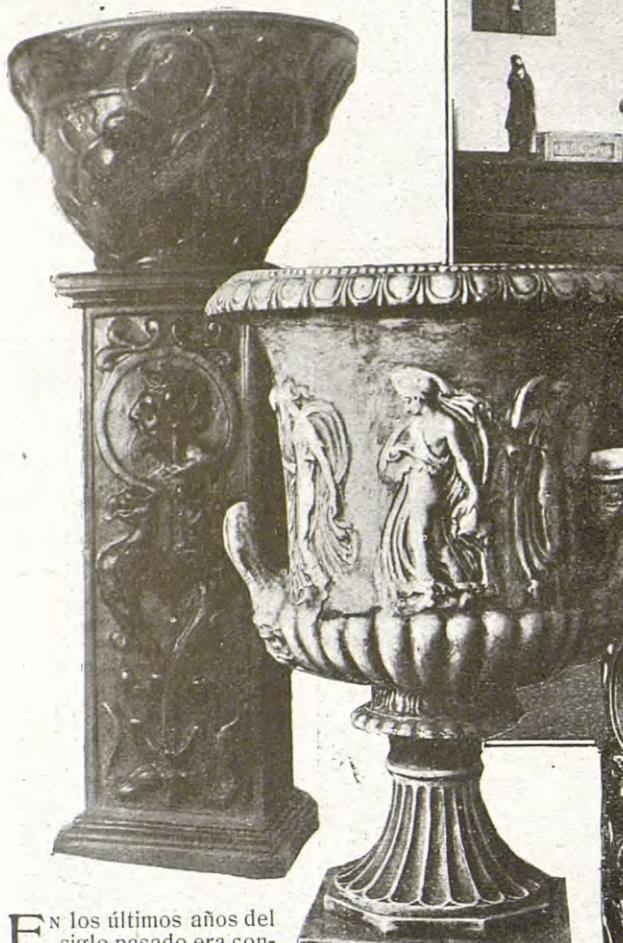
CORREA-CALDERÓN

DIBUJO DE JUAN JOSÉ



LA ESCULTURA DECORATIVA

BENITO BARTOLOZZI



En los últimos años del siglo pasado era conservador de la sección de escultura y jefe del taller de reproducciones de la Academia de Bellas Artes de San Fernando un escultor italiano llamado Lucas Bartolozzi.

Desde los sótanos del caserón de la calle de Alcalá, en medio del mundo blanco de dioses helénicos y de excelsas paganías desnudas, Lucas Bartolozzi iba realizando una labor silenciosa y fecunda, una constante recordación de los cánones clásicos.

Entre el grupo de discípulos, ayudantes y aprendices que en la húmeda penumbra de galerías y pasadizos poblados de estatuas bullían, estaban sus dos hijos Salvador y Benito.

Salvador abandonó la escultura y la calma cotidiana del taller de reproducciones por las aventuras y luchas al otro lado del horizonte y en el tráfico inquieto de las ciudades populosas. Marchó a París. Adquirió pronto un prestigio de dibujante y de cartelista. Hoy es uno de los primeros ilustradores de España —y aun del mundo, nos atrevemos a asegurar— y su firma uno de los orgullos más legítimos de LA ESFERA.

Benito continuó al lado de su padre, y cuando murió éste, lógicamente, legítimamente ha sido el sucesor en la conservaduría y en la jefatura del taller de reproducciones.

Pero ya antes de morir Lucas Bartolozzi, había renovado y ampliado su esfera de acción Benito Bartolozzi. No limitó su labor a vaciar en escayola las Venus, Apolos, Minervas y toda la serie de figuras griegas y romanas que adquirieron las escuelas oficiales y particulares de España.

Salió al paso de las modernas reproducciones industriales procedentes de Austria, Alemania, Francia e Italia. Al lado de las enormes estatuas clásicas empezó Benito Bartolozzi a trabajar las gentiles tanagranas, los cofrecillos y vasos bizantinos, los bajorrelieves renacentistas, las gá

golas monstruosas, las tallas medioevales. Y con hábiles patinados, policromados y estofados, les daba un pasmoso carácter arcaico. Frente a las reproducciones extranjeras, de un coste excesivo, Benito Bartolozzi ponía las suyas, acaso más perfectas, por una exigua cantidad de dinero. Es, por lo tanto, a Benito Bartolozzi a quien se debe la primacía de esta renovación estética de los modestos hogares españoles, donde se substituyeron por obras de arte los bibelotes de mal gusto.

Al principio las tanagranas, las imágenes religiosas, los bajorrelieves, las arquetas no lleva-



Benito Bartolozzi en su taller particular

ban la firma de Bartolozzi. A desaprensivos revendedores les convenía seguir diciendo que procedían de Viena ó de Munich... y cobrarlas con arreglo a su apócrifa procedencia. Hoy todas las reproducciones salidas del taller de Benito Bartolozzi llevan su nombre como una garantía y porque, además, se trata ya de obras originales.

Benito Bartolozzi, como todos los iniciadores de talento, abandona a los gregarios y a los imitadores el sendero demasiado ejercido. En lugar de la frágil escayola patinada hace sus figuras en barro. Sin abandonar del todo la reproducción de obras clásicas ó modernas de universal renombre, lanza al mercado esculturas originales y desarrolla en toda clase de objetos, temas y motivos netamente españoles.

Porque Benito Bartolozzi, además de un vaquero habilísimo, que conoce como pocos lo que de oficio tiene la escultura, es un artista como su padre y como su hermano Salvador.

No solamente en esas figuras de muchachas madrileñas envueltas en sus mantones de crepón, de majas con mantilla y faldas pomposas que se asoman a los escaparates de las tiendas, sino en las estatuillas de las exposiciones particulares demuestra Benito Bartolozzi su personalidad simpática e inconfundible.

En los Salones de Humoristas, Benito Bartolozzi presenta siempre unas esculturas humorísticas de picaresca traza y gracioso realismo: son chulos marchos, mocitas postineras, mendigos que parecen escapados de los libros de Quevedo ó de los lienzos de Ribera. Y también siluetas dolorosas, harapientas y tristes de niños pobres que dejan en nuestro espíritu la amargura y el frío de un reproche social. Al lado de los deliciosos muñecos de trapo que también presenta su hermano Salvador Bartolozzi en los mismos Salones de Humoristas, estas esculturas en barro de Benito Bartolozzi dan una nota de madrileñería típica y castiza. Son bien hijas de este artista, a quien largos años en los sótanos de la Academia de San Fernando, entre el clasicismo greco-romano, no han destruido en él su amor a la vida contemporánea, ni extinguido la sed de observación. —SILVIO LAGO.



Benito Bartolozzi en el taller de reproducciones de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, que dirige actualmente

FOTS. SALAZAR

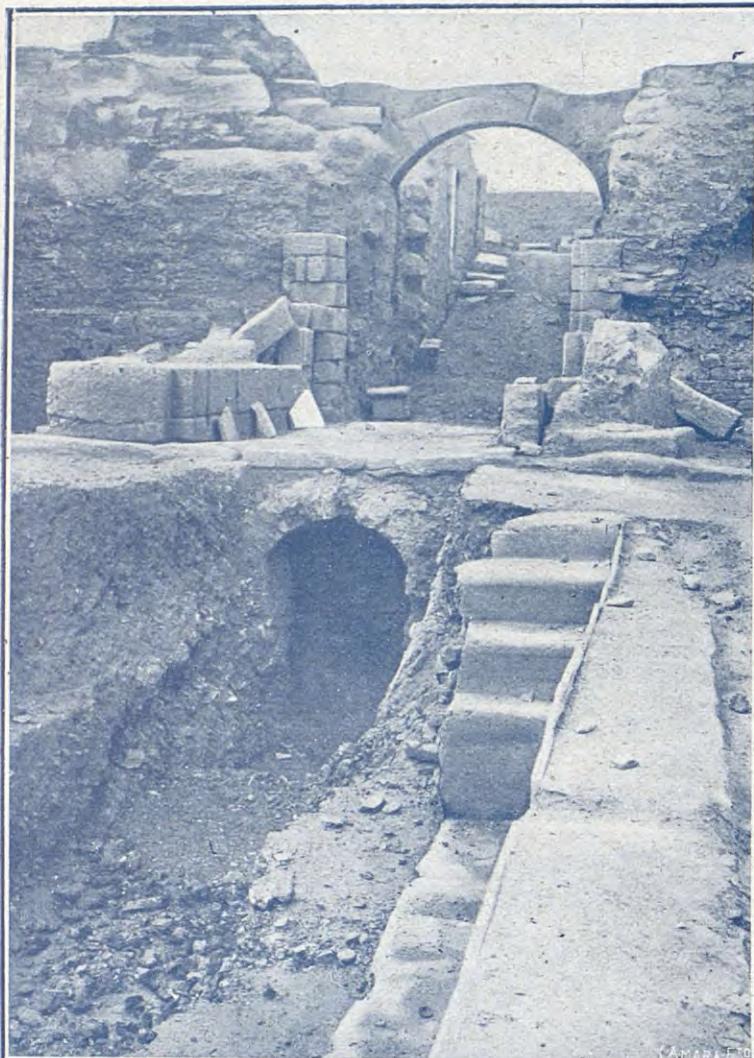
DESPUÉS DE LA GUERRA



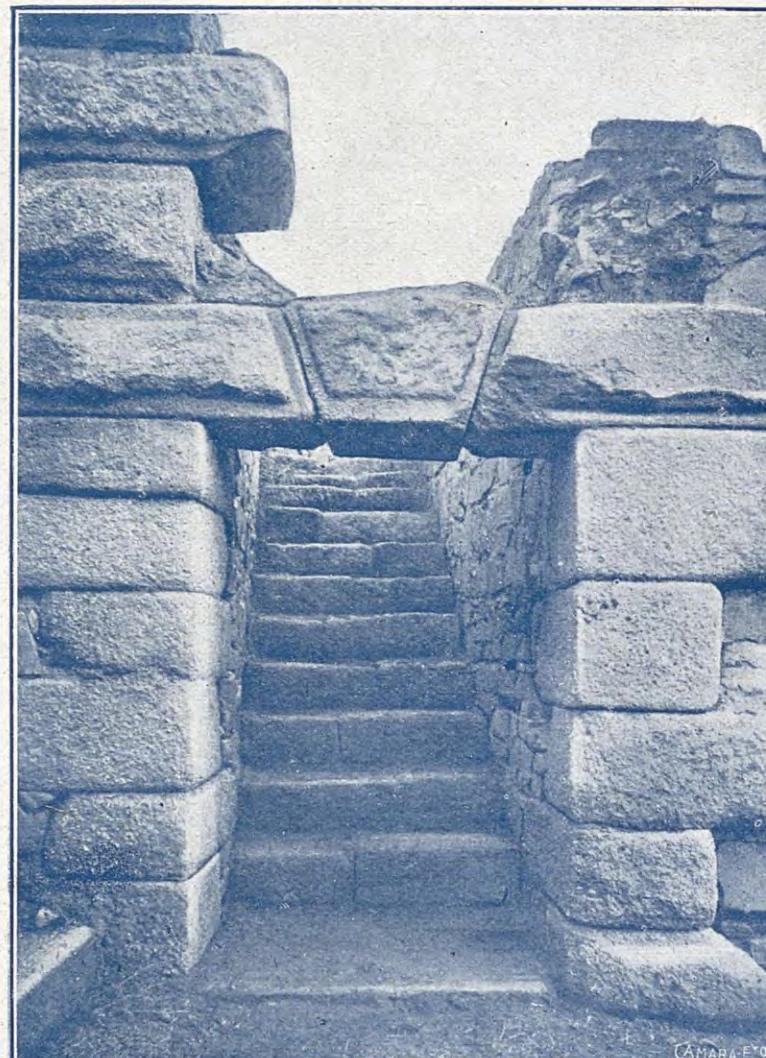
Aldeanos italianos orando en las ruinas de una iglesia, para celebrar la victoria de las armas aliadas

DIBUJO DE UGO

LAS EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS DE MÉRIDA



Fosa de la arena



Un vomitorio

Es Mérida una de las más interesantes ciudades de Europa por sus recuerdos y monumentos de la época romana. Según Macías Liáñez, en su obra sobre Mérida artística y monumental, la ciudad romana tenía una forma alargada, irregular, con tendencias a formar un rectángulo con su lado mayor en la margen del Guadiana. Del cerco amurallado sólo se conserva la base del muro sobre el río. Es de hormigón, revestido de sillería, con contrafuertes resaltados de trecho en trecho. De las puertas del recinto sólo hay noticias de una, cuyos restos se veían hace algunos años. Era la puerta que daba ingreso a la calle principal.

A la importancia de Mérida contribuyen excepcionalmente las puertas romanas, el anfiteatro, el circo, los acueductos, los pantanos, el arco del triunfo de Trajano, el monumento dedicado a Santa Eulalia y otros monumentos primitivos y visigodos, de la dominación mahometana y de la reconquista cristiana. Esta importancia ha crecido aun más



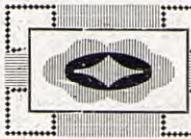
Entrada á la arena por el lado Norte

FOTS. MACÍAS

desde que se dió impulso a las excavaciones que aun se realizan bajo la dirección del ilustre director del Museo Arqueológico Nacional, en la antigua capital de la *Lusitania*. Cada año ofrecen estos trabajos nuevos descubrimientos verdaderamente maravillosos.

Al teatro romano, descubierto recientemente —monumento hasta ahora único en el mundo, tanto por su estado de conservación, como por la enorme riqueza de sus mármoles artísticos— ha seguido el descubrimiento de una pequeña basílica hispano-romana de los primeros tiempos del cristianismo. Este templo será quizás, según la opinión de personas bien autorizadas, el de más antigüedad de todos los conocidos.

En la actualidad, las excavaciones vienen realizándose en el anfiteatro romano. De los resultados que se van consiguiendo pueden dar idea las fotografías que se publican en esta plana. El interés de estos trabajos aumentará seguramente con futuros y valiosos descubrimientos.



SIENDO muy mozo aún (diez y seis años, según la cuenta de uno de sus biógrafos), Azorín ofreció sus primeras de escritor en *El Pueblo*, de Valencia, donde defendió tesis de filosofía atea y materialista, é hizo propaganda anarquista en aquellos artículos «cortos y tremendos» que no ha mucho (1915) le echaba en cara Blasco Ibáñez.

En orden más concreto de trabajos diéronle á conocer algunos ensayos de crítica literaria, *verbigratia*: el folleto titulado *Moratín (esbozo)*, que publicó con el seudónimo de *Cándido* en 1893, y que no anuncia, ciertamente, en el autor un émulo de Revilla ó de *Clarín* (él mismo advierte que fué «escrito á ratos perdidos y sin pretensiones de ningún género»), pero que, en la sosegada e insipida vida intelectual de una capital de provincia, á fin del siglo xix, revelaba, por contraste, la inquietud de un espíritu luchador y afirmativo que aspiraba á la contradicción y á la originalidad. Está redactado con bastante buena fe y su dicción, si no del todo castiza y limpia, carece de los galicismos que se observan en los estudios posteriores.

Nada se perdería pasando por alto el *Buscapiés (sátrias y críticas)*, que, debajo del seudónimo de *Ahrimán*, dió á luz en 1894, y el opúsculo *Literatura*, de 1896, que, al fin, son á ratos extractos, á ratos ampliaciones de su primera obra, y aun *La evolución de la crítica*, de que luego hablaré, á pesar de merecer cierta estima, no revela manifestación alguna nueva de su personalidad literaria. Unicamente se nota, de un lado, que el autor acorta y reduce cada vez más el estilo (que en el *Moratín* era todavía fluido y plástico) y que esta simplificación, en vez de contribuir á la pureza del lenguaje, dió entrada á multitud de barbarismos y solecismos que no justificaba necesidad alguna y que hasta pudiera explicarse sin mengua de la cultura de nuestro autor, por imperfecto conocimiento de la lengua francesa. El *Buscapiés* lo constituyen una serie de apuntes sin formal cohesiva, y su criterio es de una sencillez y pobreza grandes, los juicios incoherentes y que antes estorban que ayudan á formar concepto fiel de los escritores que allí se examinan. *Literatura* no vale más, y sólo en su condición de actualidad en aquella época ha de buscarse su interés e importancia: en sus páginas se expresa su conciencia de espectador en el gran drama que ofrecía la inquietud y rebeldía de la juventud contemporánea de nuestro autor, y pasa revista á las figuras más salientes de esa juventud. Escrito el libro en esa edad en que todo se ama y aborrece con extrema vehemencia, cabe disculpar, hasta cierto punto, la acritud de lenguaje con que un jovenzuelo obscuro, como Azorín, habla de insignes periodistas, críticos, poetas, novelistas y dramaturgos. Y aun es más disculpable que, como principiante en las lides que dieron fama á la «generación de 1898», se revolviese contra el ambiente hostil e intransigente que alrededor de esta generación formaban, no ya los consagrados y los maestros, sino la crítica y el público. «El escritor novel encuentra á cada paso la eterna pared de que hablaba Larra, nuestro humorista inolvidable. Primero ha de vencer la indiferencia de la crítica (y qué critica la nuestra!) y después la del público. Entre nosotros, la crítica es un compadrazgo.»

En 1897 apareció *Charivari (crítica discordante)*. Aquí hasta el título está en francés, como observa Casares. Lo único que está en castellano, y no de antología por cierto, es la invectiva. *Charivari*, en este respecto, es lo más personal y característico del Azorín del primer período, como modelo de atrevimiento crítico, flor de libelo, portento de causticidad. Es un diario, trazado nerviosamente, sin perifrasis, de las impresiones madrileñas del autor, quien decía en él lo que había visto y sentido en la redacción de *El País* y en los cenáculos literarios. Desde el primer momento impresionó á todo el mundo. La mayoría de los escritores á que el folleto se refiere son vapuleados sin compasión, y con algu-



CAMARA-FOTO

JOSE MARTINEZ RUIZ (AZORÍN)

nos lleva Azorín su saña al extremo de poner al desnudo la incorrección de sus costumbres y las irregularidades de su vida privada.

La entrada en el alcázar de las letras no tiene sitio fijo, como no lo tiene cosa alguna en el mundo. Se entra por donde se puede: el sol, á través de los cristales; el viento, por las hendiduras de las puertas. Unos escritores entran por iluminación y otros haciendo ruido. Estos últimos son los impacientes, los que temen llegar tarde al banquete y quedar preteridos y burlados. *Tarde venientibus ossa*. Lamentable es que Azorín, en los comienzos de su carrera literaria, haya creído deber echar mano del segundo procedimiento arrastrado por un malsano afán de notoriedad, de que su talento no estaba necesitado en modo alguno. Realmente, al autor de *La voluntad* érale inútil y aun perjudicial el escándalo para ocupar en el mundo de la literatura, por sus cualidades personales, un puesto muy distinguido; y no le habría estado mal, á él tan aficionado á los clásicos, haber seguido estos sabios consejos que en boca del ayo encargado de la crianza de Don Pero Niño pone Gutierre Díaz de Gámez: «Fijo, cuando oviéredes á fablar entre los omes, primero lo pasad por la lima del seso, ante que venga á la lengua. Parad mientes que la lengua es un árbol e tiene las raíces en el corazón... Catad que, mientras vos fabláderes, los otros esmeran vuestra palabra, como esmerades vos la suya cuando ellos fablan. Pues decid cosas con razon: si non, mejor será que vos calledes. Si callase el que non debia fablar, é si fablase el que non debia callar, nunca la verdad sería contradicha.»

No sólo no siguió tan sabios consejos Azorín, sino que seis años más tarde, cuando ya empezaban á decaer sus radicalismos políticos, mantenía sus radicalismos literarios con dura impenitencia.

Charivari termina con las mismas palabras de hastío que Azorín escribió al final de *La voluntad*, su primera novela. Revolucionario y demolidor, ataca despiadadamente á lo consagrado en literatura y á lo establecido en el orden social,

y grita á la faz del mundo que él es anarquista por sentimiento y por reflexión científica en lo estético y en lo específico racional; ini reglas de Hermosilla ni postulados de espiritualismo añeo! Emotivamente, Azorín se declaraba por el anarquismo con toda la fogosidad de la juventud y toda la tristeza de un desengaño precoz, por lo cual ya previó un crítico que quizá declinaría en misántropo, entendiendo que el amor era traicionado y que rechazaba lo malo, lo injusto y, sobre todo, lo falso e hipócrita. Intelectualmente se parecía entonces á esos políticos y periodistas (por él flagelados más tarde) que ven las cosas «bárbaramente y en abstracto» en vez de considerarlas «vivas, palpitantes, latentes, indivisibles en la realidad inexorable.» Sin embargo, ya en los dos opúsculos que publicó en 1898, *Pecuchet, demagogo* y *Soledades*, parece haber comprendido en parte el secreto de esa sinrazón, raíz de nuestras desventuras. *Pecuchet* es la característica de un propagandista anticatólico, y por el republicanismo intolerante y pertinacia de convicciones á una que por la conspiración del silencio y el aislamiento moral que se forma en torno á ese personaje de ficción, han querido ciertos críticos darle base de realidad en la individualidad irreligiosa y política de Nakens, el director de *El Motín*. El estilo de nuestro autor en ese opúsculo es de tonos secos y se adapta, como anillo al dedo, á la expresión de su pensamiento anguloso y á su imaginación concreta, falta de toda inventiva. En cuanto a *Soledades*, sus impresiones y conceptos son menos personales y su prosa está menos entreverada de términos periodísticos. *La evolución de la crítica*, publicada en 1899, es un ensayo mediocre de exposición de las novísimas teorías estéticas, y por las condiciones de la tendencia filosófica que sigue, es hijo de la

escuela biológica, llamada comúnmente *mesolórica* (Taine, Guyau, Hennequin), á la cual se prende y adhiere, por diversos lados, mucho más que á la escuela antropológica (Lombroso, Hamón, Dorado). El autor continúa mostrándose sarcástico, impertinente, bilioso. La obra abusa de la forma ruda, de la frase simétrica, del estilo condensado. En novedad es pobre, ó más bien, no tiene novedad alguna, porque desde la primera página está visto que se trata de una refundición y un acrecentamiento del *Moratín*, cosa que el autor acaba por confesar en la última página. Por cierto que el tal título sonó en los oídos de Ruiz Contreras, director de la *Revista Nueva*, como susceptible de cambio, y le indujo á substituirlo irónicamente por este otro: *La evolución de la... catedra*, atribuyendo á Azorín, en la publicación del opúsculo, fines inmediatos y someros con vistas al mundo universitario.

Este primer período de la evolución mental de Azorín es, pues, el período de incubación, el brote de la flor silvestre, el tránsito del crítico y del libelista al sociólogo anarquista radical. En mi reciente libro *Azorín (monografía)* he consagrado un capítulo á este último aspecto, que hasta ahora apenas ha llamado la atención de los que sobre nuestro autor han escrito. Y, en realidad, no tenía suficiente interés para llamársela. Lo más de lo que á tal propósito dijo Azorín es hoy familiarísimo al lector culto y aun al inculto. No importa. Es Azorín mismo quien nos enseña que «para formar idea aproximada de un escritor, hay que estudiar sus orígenes y hacer un largo, prolífico y minucioso examen de su personalidad literaria». Y si en sociología no trajo Azorín ninguna idea nueva, supo exponer las que flotaban en el ambiente de su época con firmeza, precisión y claridad. Fueras de que la originalidad en semejantes materias es cosa rara y difícil aun para los mejor dotados, por lo que me cumple repetir aquí la frase que pone Goethe en boca de Mefistófeles: «Mentecato aquel que crea tener una idea que jamás se le haya ocurrido antes á otro hombre.»

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

FUERA DE ESPAÑA

EN PEREGRINACIÓN A VERSALLES



Vista general del palacio de Versalles

ESTÁ acordado en principio que la próxima Conferencia de la Paz, que solucionará todos los problemas que planteara la guerra, se celebre en el sumptuoso palacio de Versalles. Como en una peregrinación cívica, dentro de poco comenzarán á llegar á ese histórico rincón de los alrededores de París, por tantos motivos ilustre, los plenipotenciarios de la mayor parte de los países del mundo. Allí se reunirán hombres de todas las razas, de todos los hemisferios, en representación de Imperios, de Monarquías y de Repúblicas. Sin el obligatorio lenguaje diplomático, aquello sería una moderna Babel con la confusión de todas las lenguas, como en los viejos tiempos bíblicos.

Después del estruendo de las armas, despojados los pueblos de su férrea armadura de guerra, unos hombres sin toga de legisladores, á la antigua usanza, vistiendo el ordinario hábito de burgués, sientáránse en torno de una mesa para deliberar, en una lucha desesperada, pero silenciosa, para dictar el nuevo estatuto por que se han de regir en adelante las naciones y trazar el rumbo que en lo futuro han de seguir en su curso los destinos humanos.

Para su empeño ¿qué mejor lugar que Versalles? ¿Qué más esplendida magnificencia de *decor* que aquellos palacios y aquellos jardines poblados de sombras augustas y llenos de inolvidables recuerdos históricos?

Dos viejos hechos de capital trascendencia parece que han determinado la elección de Versalles como lugar de reunión de la Conferencia de la Paz, aparte el homenaje que significa al heroísmo prodigioso y al largo período de sufrimiento de la Francia que, desangrada y devastada, con una nueva corona de martirio, surge también, de esta gran tragedia que hemos presenciado, ceñidas las sienes con el laurel de la victoria. También, como homenaje debido al martirio belga, se había pensado en Bruselas. Pero,

al fin, predomina la resolución de elegir Versalles.

¿Por qué? En homenaje también á los Estados Unidos, ya que en Versalles tuvo coronamiento la lucha por la independencia norteamericana, consagrada en el tratado de 1783. Sobre todo, la elección de lugar tiene una más alta significación. La derrota y la desmembración de Francia se consumó en Francfort. Pero la constitución del Imperio alemán se realizó en Versalles, en Febrero de 1871, bajo el entusiasmo de los grandes triunfos militares de los talentos de Moltke y la realización de las aspiraciones políticas del genio de Bismarck. En aquellos salones, que conocieron las glorias de la Francia monárquica de otros tiempos, reuníronse reyes y príncipes para constituir el Imperio de la confederación germanica.

Cuando éste se desploma con tanto estrépito, al cabo de unos cincuenta años mal contados, por una derrota militar, parecía lógico que fuera también en Versalles donde se consagrara ese trágico desmembramiento de la grandeza de un Imperio cimentado sobre las armas y por las propias armas destruido.

En ese Versalles, á donde ahora irán en peregrinación los plenipotenciarios de casi todas las naciones del mundo, tendrán éstos muchas cosas que admirar como artistas y hallarán muchos motivos para reflexionar evocando las memorias del pasado.

En el viejo *chateau*, de estupenda magnificencia que rememora los esplendores de la Corte de Luis XIV, podrán admirar el regio ornato de aquellos salones y contemplar las maravillas del pincel de un Fragonard ó de un Delacroix en aquella «Galería de las batallas», que acaso no tenga par en el mundo.

Podrán vagar á su antojo por las avenidas de aquellos parques que trazara el talento no igualado de Le Notre. Allí, en aquellos *bosquets*, el de

las Tres fuentes y el del Arco del Triunfo, encontrarán rincones de soledad y meditación, aunque ellos fueron creados para los discretos amores.

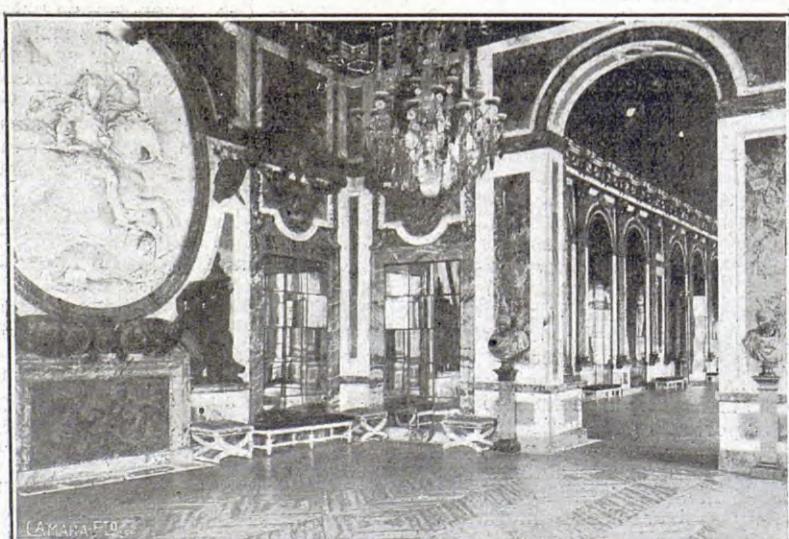
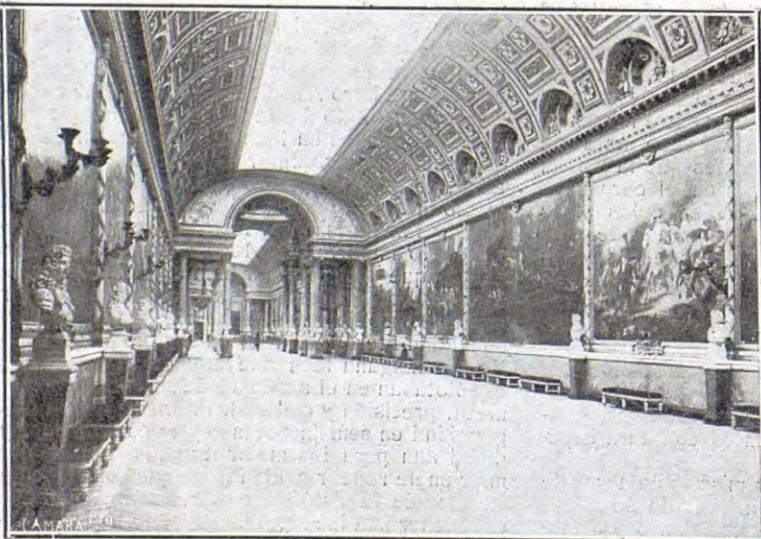
Discurriendo por las salas de los dos Triunfos evocarán todo el espíritu del siglo XVIII, las pavanadas y los minués, las pastorales cortesanas, las fiestas galantes que caracterizaron el refinamiento de una época, pero que á la vez caracterizaron la decadencia de unas instituciones y la descomposición de una sociedad que, entre las músicas y las flores de las alegrías cortesanas, no quisieron oír los gritos de hambre y de justicia con que aullaba como una fiera el pueblo más allá de las tapias de los jardines.

Ese es el contraste, por la evocación, que ofrece Versalles. Para sentirlo no hay más que vagar unos momentos por la aldea, aquel rincón de encanto y poesía, por donde parece errar todavía la sombra trágica de la infeliz María Antonieta, antes de dar la regia cabeza al tajo de la guillotina. Allí están aún el molino, la granja, la vaquería, donde la frivolidad de la reina de tristes destinos entretenía el tiempo en églogas pastoriles.

Pero, en otro extremo de Versalles, se alza aún también aquel famoso Juego de Pelota, donde se reunieron los representantes del país jurando no separarse hasta no dar una Constitución á Francia, y donde se inició aquel movimiento popular de la gran revolución francesa, la más sangrienta, transformadora y formidable que se haya conocido.

Sí; en Versalles hay muchos recuerdos históricos que evocar. Son casi todos de tragedia. Pero, ellos, ciertamente, sirven para aleccionar á los pueblos, porque mirando al pasado se presta también el camino del porvenir, que ha de seguir en su eterna peregrinación por el mundo, á través de los siglos, la estirpe humana.

ANGEL GUERRA



Dos detalles de los sumptuosos salones del palacio de Versalles

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA



REMINGTON UMC

Nuevo Modelo de Rifle para Tiro al Blanco
Rifle de Repetición Calibre .22
Modelo 12C-N.R.A.

ESTE es un rifle de repetición para la mejor clase de tiro al blanco—combina el contorno elegante, el peso debido, el equilibrio perfecto, y se adapta para disparos lentos o rápidos en cualquier posición.

Este nuevo modelo tiene miras de ranura ajustables para el viento y la elevación, reconocidas generalmente por los tiradores como las mejores para disparos al blanco de gran precisión.

Está adaptado especialmente para el cartucho .22 Largo Rifle, pero el .22 Corto y .22 Largo pueden usarse también.

Se enviará circular descriptiva gratis a quien la solicite.

REMINGTON ARMS UMC COMPANY
233 BROADWAY NUEVA YORK

B-3

Remington
UMC

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CARRERAS DE CAPPELLANES, 12
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

MOTOCICLETAS de 2 1/4, 4, 5 y 7 HP.
Indian
AUTOMÓVIL SALÓN
BARCELONA: MADRID: VALENCIA:
Trafalgar, 52 Lagasca, 103 Paz, 33

Sucursal de LA ESFERA
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite gratis, á quien lo solicite,
Catálogos y su Boletín mensual



ELIXIR ESTOMACAL de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO E INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.



ARTURO VENTURA
GRAN PELETERÍA
1.^a Casa en modelos
CARMEN, 29, pral.-Teléf.º M-3.607.- Madrid

Suscríbase á

EL SOL

Lea usted

EL SOL

Suscríbase á

EL SOL

en combinación con su Biblioteca, que ha
publicado ya los siguientes volúmenes:

- I. «Carmen», por Próspero Merimée.
- II. «Viajes y recuerdos», por Vicente Vera.
- III. «El eterno marido», por Dostoievsky.
- IV. «Postfigaro» (artículos inéditos de Mariano José de Larra, primera serie).
- V. «La monja alférez», por Catalina de Erauso.

Volumen sexto, último que se ha repartido á los señores suscriptores:

Stepanchikovo, por Dostoievsky.
(Traducción de R. Baeza)

EN PREPARACIÓN:

- «Postfigaro» (segunda serie de artículos inéditos y no coleccionados, de Mariano José de Larra).
«Rojo y negro», por Stendhal.

Todos estos tomos pueden adquirirse también en todas las librerías, al precio de 1,50 pesetas ejemplar.

Sección de colocaciones de

EL SOL

CONVIENE: A los que solicitan trabajo. A los que necesitan empleados ú obreros.

Acudid á la Sección de colocaciones de EL SOL, Príncipe, 2, Madrid, y leed diariamente en EL SOL las operaciones que realiza!

EL SOL

Redacción, Administración y Talleres: Larra, 8. Teléfonos: J. 44, J. 517 y J. 518.—Sucursales: Madrid, Príncipe, 2. Teléfono M. 2.156.—Puerta del Sol, 6, librería de San Martín.—Barcelona: Rambla de Cavaletas, 9.—Oviedo (para toda Asturias): Pilares, 12, edificio Ojanguren.

EL SOL